

EDICIONES  
BISTAGNE

1  
pta.

RIENEE ADOREE

JOHN GILBERT

MARY ALDEN

# Los Cosacos



LOS COSACOS

---

---

REVISADO POR LA CENSURA  
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

---

---

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

## LOS COSACOS

Asunto inspirado en la novela

del

CONDE LEÓN TOLSTOI

Producción METRO - GOLDWYN - MAYER

Distribuida por

METRO - GOLDWYN - MAYER - IBÉRICA, S. A.

Calle Mallorca, núm. 220

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES:

JOHN GILBERT	RENÉE ADORÉE
ERNEST TORRENCE	MARY ALDEN

*etc.*

# LOS COSACOS

---

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

---

Por espacio de mucho tiempo, los Zares moscovitas habían tenido en discreto olvido las hazañas del pueblo cosaco, dedicado al ejercicio de la guerra con los pueblos fronterizos.

Frente a la estepa de los "nogais" habitaba la tribu de Grebenskoy, integrada por los cosacos más rudos del Terek. Hombres primitivos y crueles como niños, que miraban la muerte sin pestañear.

Cada cosaco era un guerrero, y cada pueblo una "sotnis" cosaca, independiente e individualista.

"El hombre para la guerra, la mujer para la labor y Dios sobre todas las cosas". Tal era el lema social de esa gente, que no conocía las dulces blandicies de la civilización.

Alejados de todo núcleo de cultura, ocultos eternamente entre montañas poco menos que inaccesibles, tenían los mismos gustos brutales de los primeros hombres de la historia. Laboreo del campo, comercio rudo, únicamente indispensable para las necesidades de la colectividad, hambre de gue-

ra y de amor, canciones trágicas en que se unían la pasión y la muerte. Y así un día y otro, como la repetición de un posible movimiento continuo.

Era Maryana la mujer más bella de toda la tribu. Blanca, de ojos oscuros, de busto firme y redondeado, tenía un innata distinción en medio de la rudeza del ambiente. Su juventud iba desgranándose en la monotonía de una existencia sin emoción.

Se hallaba una tarde en el campo, en compañía de su madre, la viuda Akolena, realizando faenas de labradora, ayudando a cargar un carro de heno.

De repente, dejando de laborar, permaneció silenciosa, sin moverse, contemplando las tierras que se extendían como un manto de verdura, rodadas de montes y peñascos de una desnudez brutal. Estuvo varios minutos en esta posición, como sometida a la influencia de un éxtasis.

Su madre se encargó con su voz chillona de devolverla a la realidad.

—Trabaja, hija mía. Pronto nuestros hombres estarán de regreso en Novomlinska en busca de reposo.

—¡Trabajo!—respondió Marya-

na pasándose la mano por los fatigados ojos—. Siempre la misma palabra... ¿Es que la vida no tiene otro objeto que el trabajo?

—Me sorprende lo que dices. La labor del campo y el amor de un guerrero. ¿Qué otro objeto puede tener la vida de una mujer?

—Es verdad, madre. Estaba soñando cosas absurdas.

Y volvió con más ahínco que antes a su labor de recoger el heno.

Acercóse una campesina y les dijo, dando muestras de impaciencia:

—¡Ya vienen nuestros hombres! Dicen que traen consigo prisioneros.

Madre e hija se afanaron en su tarea, a fin de dejarla pronto terminada y poder saludar a los amigos ausentes.

Los cosacos llegaban al poblado. Eran hombres libres, guerreros. Cosacos del Terek, sin otra moral que combatir a los Tetchenes circasianos y reposar de la guerra en brazos de sus compañeras.

Avanzaban en larga comitiva, cantando canciones con las voces ásperas del alcohol. Parecían cortejos de las antiguas soldadescas, sin otra ley que la muerte y el amor.

Iban entre ellos los prisioneros, desdichados perros de la otra par-

te de la frontera, a los que se trataba según la primitiva costumbre de las razas si pulir, para quienes el vencido no merece piedad.

Al frente de la tropa iba el Atamán, que era el cosaco más fuerte y valeroso de la tribu.

Avanzaba satisfecho sobre su negro caballo, con los ojos relampagueantes de alegría al verse en la tierra natal. Tenía la sonrisa del hombre feliz que a nadie teme.

De pronto, uno de los prisioneros emprendió rápida huida, en loca y absurda carrera, tratando de esquivar el duro trato que le esperaba al lado de los vencedores. Pero el Atamán empuñó la larga pistola que llevaba al cinto y disparó contra el infeliz, que tras unas contorsiones dolorosas, regó la tierra con su sangre, para no levantarse más... Y los cosacos prosiguieron su camino sin dar importancia al "pequeño incidente".

Abriéronse las puertas del poblado, amurallado por recios bloques de piedra, y el cortejo penetró en una corta calle que daba a la gran plaza de Novomilinska.

Un soldado contempló a un muchacho que estaba perezosamente tendido en el suelo, gozando de los últimos rayos del sol.

—¡Mira!—le dijo a un camara-

da—. Ahí está Lukashka, el guardián de las mujeres. El cosaco que no quiere pelear.

—Dios ha querido que de un jefe tan valeroso como el nuestro naciera un hijo poltrón y cobarde como ése—contestó.

Comenzaron a hacer burla de él y a reírse a carcajadas. Lukashka les contestó con gestos de desprecio y luego, temeroso de que su padre le viera allí, montó en su blanco caballo y desapareció rápidamente por un abrupto sendero.

El Atamán, con la vista fija en las casas de su pueblo, no vió a aquel único hijo suyo, que era su pesadilla. Deseaba hacer de él un valiente y el chico derrochaba la bella energía de sus veinticinco años para vagar errante como un solitario por las veredas. Era la única excepción entre los hombres del lugar.

—¡Llevad los prisioneros al molino!—dijo el Atamán—. ¡Hacedlos trabajar!

Estaba situado el molino en la propia plaza de la aldea y allá fueron llevados los circasianos, obligándoles a dar vueltas a la noria, como los antiguos esclavos del paganismo.

—¡Y ahora, nosotros, entremos en la taberna! ¡Después de la san-

gre, el alcohol! ¡A beber, camaradas!

Irrumpieron en aquel figón donde se respiraba el acre olor de las atmósferas mal renovadas. Se agruparon ante los toneles de vino, llenando febrilmente los vasos de fuerte vodka.

El vino alegró pronto sus imaginaciones y todos rieron y cantaron, chorreantes de alcohol. Una escasa luz iluminaba la escena. Dos hombres desnudos de cintura para arriba y con la cabeza afeitada efectuaron una lucha grecorromana y sus cuerpos, jadeantes y sudorosos, chocaban en las violentas contorsiones que marcaban el relieve de sus músculos de gigante.

Ansiosos de pelea, no comprendían aquellas gentes la vida sin el combate, y cuando no era con los enemigos, procuraban matar las horas en los pacíficos torneos que a veces acababan en tragedia.

El escándalo era ensordecedor. Los unos habían tomado partido por uno de los combatientes, mientras el resto inclinaba sus simpatías hacia el otro adversario. Y en el griterío se mezclaban las voces animosas y los insultos al enemigo.

De pronto, la atmósfera pareció vibrar. Se escucharon unas campa-

nadas lentas, solennes, pausadas. De la iglesia del poblado llegaba el toque de oración.

Aquellos bárbaros enmudecieron con una rapidez prodigiosa. Cesaron los combatientes de luchar y todos los gorros estuvieron en el acto en la mano.

Dirigiéronse los guerreros a la calle, postrándose de hinojos, dando frente a la pequeña capilla en cuyo atrio había aparecido el pope, hombre viejo de larga barba blanca, cuyas hebras ondeaban débilmente bajo el aire suave.

—Señor, dad vuestra bendición a los cosacos que pelean—murmuró el Atamán.

Y en medio de un silencio aterrador, muy inclinadas las cabezas, el pope bendijo con su crucifijo a los guerreros.

El toque de oración se había extendido por todas partes como una orden imperativa de descanso. Cesaron las mujeres en la labor y todos se postraron, con los ojos fijos en la iglesia, murmurando una oración tradicional.

En el molino, los prisioneros circasianos seguían dando lentas vueltas a las norias, sin parar su trabajo, a pesar de la voz fresca y dulce de las campanas.

Su guardián se exaltó y a latigazos les obligó a arrodillarse.

—¡Perros infieles! ¿No oís que tocan a oración?

Y los desdichados, sin comprender, rendidos bajo la fuerza de hierro del "knut", cayeron en tierra, escuchando aquel timbre claro y majestuoso que les concedía un momento de reposo.

Pero apenas el pope acabó de dar su bendición y cesaron las campanas su oración del atardecer, los prisioneros, molidos a golpes, volvieron a su trabajo, y los cosacos regresaron a la taberna para continuar presenciando la lucha grecorromana y seguir manteniendo en

el estómago, con vasos de vodka, un ardiente calor.

Su fe era ruda, salvaje, como toda la existencia que vivían, evocando, como los antiguos, a un dios de la guerra, implacable y trágico. No había llegado a ellos el verdadero espíritu religioso, el único amor legítimo y divino que odia y condena las luchas predicando la doctrina de la fraternidad universal como solo remedio para la felicidad del corazón humano.

No lo entendían así. Y los cosacos en su propia y salvaje ignorancia se consideraban dichosos, sin ansias de pedir más.



Entretanto, Lukashka, el hijo del Atamán, corría ágilmente por los campos, sonriendo alegremente y mostrando sus dientes bien formados y duros de lobo montés.

Llegó hasta el lugar donde estaban Maryana y su madre realizando las últimas tareas de la jornada.

Contempló riendo a las dos mujeres y empezó a dar varias vueltas por el campo a todo galope, demostrando su buena maña en la equitación. Miraba a las cosacas, deseando ser aplaudido por ellas. Pero la madre hizo una mueca de disgusto y le gritó:

—¡Poltrón!

—¡No se enfade conmigo, señora!... Es a su hija a quien deseo obsequiar.

Y siguió realizando piruetas de admirable equilibrio, bajando y volviendo a subir del caballo a todo galope, poniéndose en pie en la silla, montando al revés y demostrando

que dominaba la equitación como el mejor caballero.

Maryana simulaba no hacerle caso y, de pie sobre un carro, seguía su tarea, desviando la vista de aquella exhibición de destreza juvenil. Pero Lukashka, en uno de sus ejercicios, saltó al propio carro y, cogiendo de las manos a aquella mujer, a quien conocía de la infancia, quiso besar sus dedos, que el trabajo no había deformado aún.

—¡Déjame en paz!—protestó la chiquilla.

—¿Por qué, mi bien? ¿No te han gustado mis alardea de caballero? No hay mejor jinete en todo el país que yo, ni tampoco mujer más hermosa que la que me escucha.

—¡Vete! No creas que me importas tú ni que me haces gracia alguna con tus tonterías.

—¡No seas tonta! ¡Tú no puedes negarlo! Me amas aunque no quieras.

—¡No... no!... Vete... ¿No oyes a mi madre cómo se impacienta?

La madre estaba cerca gritando contra el cosaco, pretendiendo que se marchara de allí.

No quería tratos con aquel hombre, a quien todos criticaban. ¡No ir a la guerra! Preferir la molición de la paz campesina a la ruda existencia del guerrero, que no es dueño del día de mañana.

También Maryana participaba de la misma indignación. Ella adoraba con toda su alma al compañero de su infancia, le hubiera querido soldado, habría deseado verle volver del combate con el polvo de cien batallas en el rostro. Y porque no era así, porque Lukashka se sentía bien en el tranquilo poblado, Maryana rechazaba todas las insinuaciones del mozo.

—¡Haz el favor de marcharte!... No te quiero... no... no me interesas...—repitió.

—¡Mentirosilla! Piensas todo lo contrario.

Y, convencido de que aquel corazón de mujer le quería, volvió a subir a caballo y, tras dar varias vueltas por la pradera, emprendió a buen trote su camino hacia el hogar.

Maryana le siguió con los ojos hasta verle desaparecer y luego

sonrió con una sonrisa que hablaba de buen interés y de cariño de corazón enamorado.

Cuando Lukashka llegó a su hogar, el Atamán permanecía aún en la taberna.

—¡Buenas tardes, madre!—dijo abrazando a una vieja que estaba descargando un carro.

—¡Buenas tardes, hijo mío!

—Voy a ayudarte un poco. Hoy me siento trabajador.

Y comenzó a descargar del carro recios troncos de leña.

—¡No, no, hijo mío!... Aléjate de aquí... Si tu padre te encuentra ayudándome reprochará tu conducta.

—No quiero irme. Eso es demasiado pesado para ti.

La vieja movió la cabeza con evidente disgusto... Siempre en el poblado aquello lo habían hecho las hembras.

—Esto es trabajo de mujeres —dijo—. Los hombres deben estar fuera de casa.

Pero, a pesar de sus protestas, Lukashka prosiguió ayudando a la madre en su faena.

No tardó en aparecer el Atamán, que, con paso firme, procedía de la taberna. El vodka consumido no le hacía daño, avexado a las largas y dilatadas libaciones. Su enorme

corpachón, su atlética robustez de gladiador, exigían de continuo dar combustible a la fragua de su cuerpo.

Retiróse Lukashka unos momentos, temiendo la severa reprimenda del padre. Este corrió a abrazar a su mujer, diciéndola cariñosamente:

—¡Buenas tardes, compañera!

Se sentía feliz al verse de nuevo, tras los peligros de una campaña guerrera, en el hogar que conocía las horas amorosas y agradables de su vida.

Luego de aquellos transportes delicados, contempló al hijo, el mozo apuesto que no conocía la guerra.

—¡Siempre sonriendo! — dijo con ironía—. ¡Mi valiente hijo, que no quiere salir a pelear con los cosacos!

Lukashka, disgustado ante aquellas mordaces frases, fué apartándose de allí, con el temor de que se repitiesen.

Pero el viejo estaba en vena de ironía. Acarició su negro caballo,

que había dejado junto a la puerta, y siguió diciendo:

—¡Mi hijo, el poeta que prefiere quedarse entre las mujeres porque le repugna el olor de la sangre!

Madre e hijo callaban, sin atreverse a romper con su voz aquella palabra cortada en los bloques de la ironía.

El Atamán parecía complacerse en molestar a los suyos y añadió, como si hablara con su caballo, bestia fiel y valiente, que no retrocedía jamás ante el peligro:

—¡Ah, mi vieja compañera no me ha sabido dar más que "una hija"! ¡Y yo, el Atamán de Novomlinska, me moriré sin tener un hijo a quien legar mi caballo y mi fusil!...

Desapareció la mujer, seguida de Lukashka, que había apagado su sonrisa como si le preocuparan aquellas palabras acusadoras.

Y el Atamán siguió con sus amargas quejas, lamentándose de su destino, que le impediría perpetuar su sangre con honor.

\* \* \*

Lukashka salió, al día siguiente al atardecer, a pasear por el campo. Necesitaba respirar un poco el aire del nocturno, aclarar con la limpidez del amplio horizonte sus ideas, oscuras y confusas.

¡Mala jornada la del día anterior! Primero, Maryana, mostrándose con él arisca e inaccesible como nunca, y luego, su padre, insultándole en voz baja, pretendiendo humillarle con sus crudos conceptos.

Y todo, ¿por qué? Porque no le daba la gana de seguir al rebaño de estúpidos cosacos que se mataban por placer, que buscaban la guerra por una necesidad de sus temperamentos. El prefería correr por los campos, respirar el olor de la tierra, embriagarse de emoción contemplando el cielo estrellado o los ojos negros de las mujeres.

Montó a caballo y comenzó a an-

dar lentamente por una de las veredas. Llegaban a él confusas voces y notas de músicas que venían de la taberna, de las casas lejanas donde se seguía celebrando la vuelta de los guerreros. Lukashka respiró profundamente, como si quisiera apartar de sí el peso doloroso de aquel poblado cruel.

Vió avanzar por el camino a una mujer, blanca y fina, a quien la luz azuleaba con mágicos destellos. ¡Era Maryana! Iba sola, de regreso del trabajo, para dirigirse al hogar.

Los grandes y rasgados ojos de ella le contemplaron con una mezcla de atracción y miedo.

Maryana había dejado todavía a su madre en un cercano huerto y se apresuraba a regresar para tener preparada la comida.

El joven azuzó al animal, que vino a ponerse al lado de la campesina.

—¡Maryana, ven conmigo; vamos a jugar!—dijo Lukashka.

—¡No, no! Es demasiado tarde. ¡Adiós!

—¡Yo lo quiero!

—¡Vete!

Y como él pretendiese cogerla, empezó a correr, saltando desmontes y rihazos en un ansia nerviosa de librarse de él.

Pero el hijo del Atamán se apeó del caballo para correr con más facilidad por aquellos vericuetos y no tardó en alcanzar a Maryana, que se había subido a una pequeña carreta.

—Te he dicho que vengas a jugar—le repitió, cogiéndola por la muñeca.

—¿Tú no te acuerdas de que eres un hombre? Los hombres y las mujeres no juegan, y nosotros...

El soltó una carcajada.

—¿Qué importan los años? Lukashka y Maryana tienen el alma de niños. Hemos de corretear como antaño, cuando tú vestías de corto y yo era un chicuelo que me subía a los árboles.

—¡No!

—No seas terca... La estepa se ha cubierto de flores silvestres y conozco un sitio donde hay un nido de palomas salvajes. Te vas a di-

vertir mucho... como cuando eras una niña.

Pero aquellas evocaciones a la venturosa infancia no parecieron convencer a la tozuda Maryana. Permaneció silenciosa, con los ojos bajos, sin atreverse a mirar de frente a su compañero, y marcándose en su rostro unas arrugas de meditación.

—¿Quieres decirme lo que te pasa, Maryana? Te han cambiado. ¿Por qué no eres ya la misma?

Ella habló, siempre con la cabeza inclinada al oloroso suelo.

—Lukashka, todo el pueblo habla de ti. No eres un cosaco. Te has olvidado de que eres un hombre.

—¿Olvidarme yo?

—Sí. ¿Por qué no eres como los demás? ¿Por qué no vas a pelear a las montañas como un cosaco?

Maryana, nacida y educada en aquel ambiente donde la guerra era el mejor premio, no concebía la existencia del hombre que no estuviera dedicada al oficio de la matanza. Y Lukashka, que no veía la vida bajo aquel prisma tan rudo, volvió a reír con una carcajada burlona.

—Maryana, más que la guerra, más que la sangre, yo amo el mirarme en las niñas de tus ojos.

Aquel elogio pareció llenar de orgullo a la campesina, pero pronto volvió a insistir.

—Mi primo Solinska no tiene aún tus años y ya ha matado ocho tetchenes.

—Pero tu primo no sabe besar a las mujeres tan sabiamente como yo.

Y para poner en práctica su afirmación enlazó por el talle a la gentil muchacha y, quieras que no, la besó en mitad de los labios, aspirando con fruición el néctar de miel de su boca de granada.

—¡No... Lukashka, por Dios, no!...

Más que las súplicas de ella, interrumpió el beso la llegada de un nutrido grupo de cosacos, que comenzaron a mofarse del joven con todo el espíritu y la majeza sangrienta de sus almas rencorosas.

Los dos jóvenes miraron con cierto temor la alborotada turba, en cuyos ojos el vino ponía estrías de sangre.

—¿Qué queréis? ¿A qué ese escándalo?—protestó el hijo del Atamán.

Una voz respondió, imponiéndose sobre cuantas quisieron contestar:

—Si Lukashka no viene a la guerra con los hombres debe tra-

bajar en el pueblo como una mujer.

—¿Qué guerra es ésa, malditos?

—Mañana volvemos a salir de campaña... y tú vendrás con nosotros.

—Al diablo con vuestras luchas...

—Entonces, cojámosle... Es el tiempo de la vendimia... Que, al igual que las mujeres, haga el vino para los cosacos.

Y sin que pudiera evitar la brutal avalancha, se vió rodeado de hombres cuyo solo roce hacía daño, verdaderos gigantes que desconocían la cortesía.

A pesar de sus enérgicas protestas y de las voces de Maryana oponiéndose a aquella especie de rapto, los cosacos se apoderaron tranquilamente de Lukashka y lo llevaron a un lugar situado en la plaza del pueblo.

Pusiéronle una túnica de mujer, coronaron su cabeza con flores y le ataron de pie sobre una de las cubas del lagar, obligándole a pisotear los granos duros y negros de la uva.

—¡Que pise la uva! ¡Que pise la uva!

Y entre el griterío ensordecedor, el pobre Lukashka, disfrazado tan vergonzosamente, tenía los pies ro-

jos de mosto al verse impelido a presionar los racimos.

¡Qué infamia! ¡Qué mala era aquella gente!... Casi todo el pueblo se había aglomerado allí, participando de la general alegría al ver en tan ridícula tesitura a aquel gandul de que no se podía hacer un hombre con todas las de la ley.

También las mujeres tomaban parte en su entusiasmo y cogiendo puñados de uva los echaban contra la cara del prisionero, manchándolo con gotas rojas como sangre.

El bombardeo duró largo rato, hasta que todo el rostro de Lukashka apareció encarnado, sucio, con repugnantes colgajos.

Llevada por la multitud, Maryana estaba entre las mujeres, contemplando con indecible angustia aquel malévolosuplicio. Había en su alma femenina ansias de protesta contra aquella gente que trataba tan cruelmente a su amigo, pero sentía también la repulsión que le inspiraba el hombre al que castigaban de aquel grosero modo porque se negaba a seguir la tradición de sus mayores: el combate.

Lukashka, en medio del rojo bombardeo que ponía en su cara y en todo su cuerpo huellas ensangrentadas como de una viruela fe-

bril, vió entre las mujeres a la dulce compañera de su infancia, a la mujer que él adoraba con los transportes juveniles, agravados por un temperamento de soñador.

—¡Maryana!—gritó.

Pero ella le volvió la cabeza con desdén, lamentando que aquel hombre pronunciara su nombre, como si también a Maryana le tocara parte de la deshonra del cobarde.

Unas campesinas rodearon a Maryana, hiriéndola con el acero de sus injurias. ¡En buen hombre había puesto ella los ojos! En lo peor que había en el país, en el que nunca había oído una bala. Pero bien le castigaban con aquella sonada mofa.

—¿Qué te parece tu novio ahora?—le dijo una de ellas, la que llevaba más veneno en el espíritu—. Es interesante, ¿verdad?

—¡Ese no es mi novio! —gritó Maryana para que Lukashka la oyera—. ¡Mi novio será un verdadero cosaco!

Y no viéndose con ánimos para proseguir presenciando la grotesca escena, se abrió paso y marchó de allí, mientras Lukashka, doblemente herido por aquellas palabras desdeñosas, pretendía en vano li-

bertarse de aquella brutal compañía.

A oídos del Atamán había llegado el griterío de la plaza. Salió de su casa y, al acercarse al lagar, pudo ver con enojo la burla de que era objeto su hijo.

Sus manos tocaron instintivamente el "knul" que pendía de la cintura, dispuesto a disolver aquella reunión a latigazos; pero, al ver a su hijo en tan ridícula manera, consideró que Lukashka tenía bien merecido, por su obstinación pacífica, aquel castigo. Y volvió a meterse en casa, protestando contra aquel ser al que él había podido dar vida de una manera incomprensible.

¿Cómo de un padre valiente, nada temeroso, que miraba a la

muerte con una sonrisa de amistad, había podido salir aquel hijo cobarde, que en su vida había olido la pólvora?

Todavía duró largo rato la broma contra Lukashka hasta que, cansadas de tirarle mosto y roncacas de tanto griterío, las turbas le abandonaron. Bien castigado quedaba.

Loco de furor, con un ansia de matar, de odiar, que no había sentido nunca, Lukashka se despojó de la bata que le habían puesto, arrancóse la corona de borracho, enjugóse el rostro de las grotescas manchas de vino y, apretándose las sienes, temeroso de que le fueran a estallar, regresó a su casa, cabizbajo, meditabundo, apenado...

\* \* \*

Al verle entrar, su padre enarboló el "knut".

—¡Deshonra de la familia!  
¡Poltrón!

—Padre, yo...

—¡Mal hijo!

Y comenzó a descargar brutalmente sobre aquellas espaldas juveniles el peso de su látigo, rematado por bolitas de acero.

—Padre... no quiero... no...

—Así... así... toma... hasta que te salte la sangre, cobardón... hasta que no tengas miedo a nada...

Y pegó una y otra vez, sin piedad, haciendo chasquear el látigo sobre la piel, imprimiendo en ella la sangrienta cicatriz de los golpes.

Lukashka le miró con desesperación. Buscó luego a su madre, como si necesitara la piedad de las manos maternas, eternamente consoladoras del dolor. Pero la madre había salido y el joven no pudo

pedir auxilio ajeno ante el golpeo incesante y salvaje.

Se retorció, gemía con trágicas convulsiones, mientras el látigo implacable restallaba como un aullido.

—¡Padre, mira que me faltan las fuerzas para aguantar más!  
¡Cuidado, padre!

—¡No me importa! ¡Defiéndete, perro, si es que eres hombre!

—¡Insensato!

No pudiendo contener por más tiempo su exaltación, se arrojó contra su padre, no reparando en quién era, no viendo en él más que a un enemigo. Los dos se enlazaron brutalmente, cayendo a tierra, pegándose terribles puñetazos, procurando mordirse como fieras... Tan pronto llevaba ventaja el Atamán, que encima de su hijo le engarfiaba las manos en la garganta con ansias de estrangularle, como era el hijo el que, con un vigoroso

esfuerzo, daba una vuelta sobre sí y aplastaba con su peso el enorme corpachón del jefe de la tribu.

Pero Lukashka consiguió finalmente arrebatar el látigo a su padre y, ciego de rabia, comenzó a fustigar, a pegar sobre el rostro del viejo, abriendo en su frente una sangrienta herida. Después le zarandeó de manera implacable, golpeando su cabeza contra el suelo, hasta dejarlo casi sin conocimiento.

Se levantó; las huellas de la pelea habíanle dado una sed, una sequedad espantosa de garganta.

Cogió un cazo lleno de agua y se bebió más de la mitad, sintiendo que los pulmones se le dilataban al influjo beneficioso del líquido. Luego echó el resto del agua sobre la cabeza de su padre y salió al patio, tambaleándose, aturdido por el combate y con una extraña inquietud en todo su ser.

El agua hizo volver en sí al viejo Atamán... Se levantó ágilmente, pues no era hombre que permitiese en tierra mucho tiempo, y se llevó las manos a la cabeza dolorida, a uno de los ojos, que sangraba con abundancia.

Fué a mirarse a un pequeño espejo y se echó a reír al ver su rostro enrojecido y con las huellas moradas de los golpes.

¡Por el buen Zar de Rusia! ¡Nunca hubiera creído que Lukashka tuviera tanta fuerza!

¡Albricias! Sí, había en él materia de hombre, pasta de hombre; no era un cobardón, como él se había figurado en un principio.

Sabía pelear como los buenos. De tomar parte el muchacho en la guerra, habría de asombrar con sus hazañas.

De haber tenido a Lukashka junto a él le hubiera dado un abrazo. Eso era luchar a las mil maravillas, eso era hacer honor al apellido paterno.

Ni por asomo paró atención en la osadía que significaba que un hijo estuviera a punto de estrangular a su padre...

En aquella tribu no se hilaba tan delgado. Lo que convenía a todos era criar guerreros, cachorros de león, ávidos de despedazar a sus contrarios.

Y Lukashka acababa de demostrar su valía. Y eso le bastaba al Atamán. Y ya ni siquiera le escuchan los golpes.

Momentos después escuchóse el fuerte redoblar de un tambor, advirtiendo a la tribu de algún peligro.

Lukashka fué el primero en aso-

marce a la plaza y luego lo hizo el Atamán.

De todas las demás casas habían salido los cosacos, extrañados por el toque de alarma. ¿Qué ocurría?

Una voz les hizo comprender.

—¡Los prisioneros han huido con nuestros caballos!—dijo uno de los guardianes.

—¡A ellos!—gritó el Atamán.

Lukashka había saltado sobre su caballo blanco y emprendía rápido galope hacia el camino por donde habían huido los circasianos.

La expectación ante aquella inesperada salida fué enorme entre toda la gente, avezada a que el hijo del Atamán jamás corriera hacia el combate.

El mismo Atamán no pudo reprimir una sonrisa de júbilo al ver desaparecer a su hijo. ¡Dios, se destapaba, por fin, el heredero de una familia que sólo quería morir en la batalla!

Maryana había visto también galopar a Lukashka. Sintió el indecible orgullo de que aquel muchacho al que ella amaba fuera en busca del peligro y corrió a postrarse ante los pies de una imagen.

—¡Dios! — murmuró ingenuamente—. ¡Haz que Lukashka mate por lo menos a un tetchene!

Se interrumpió, y como le pare-

ció poco lo que había pedido, rectificó a continuación:

—...o si es posible, a dos tetchenes.

Entretanto, numerosos cosacos habían ido en persecución de los fugitivos.

Lukashka les avanzaba a todos. Era como un jinete legendario, montado en su caballo blanco.

Lanzóse contra el que iba a la cabeza de la comitiva de prisioneros y a caballo luchó con él y sus manos hicieron cuña en la garganta de su enemigo, apretando desesperadamente hasta que el adversario dobló la cerviz y cayó a tierra.

Acercóse Lukashka para comprobar si estaba muerto y lanzó un rugido de satisfacción al ver que había enviado al infierno a aquel miserable. ¡Por fin! ¡Ya no dirían más que era una mujercita a quien todo le inquietaba!

Los otros cosacos habían dado caza a los demás prisioneros, desmoralizados por la rápida persecución. Emprendieron el regreso con la satisfacción de la victoria y admirados por el comportamiento de Lukashka, el muchacho al que poco antes habían maltratado en forma grotesca y que ahora les parecía fuerte y valiente como un dios.

¡Qué cambio aquel! ¡Qué admi-

table muchacho! Y dejando a un lado todas las burlas, le hablaban con afectuoso compañerismo. Ya era uno de ellos: un valiente más.

Uno de los jinetes adelantóse hasta el poblado y corrió a comunicar al Atamán la buena nueva.

—Como el mismo demonio, Lukashka corrió hacia los circasianos y estranguló al jefe en la misma silla de su caballo.

—¡Bien por mi hijo!—exclamó el Atamán en un arranque de júbilo.

No tardó en aparecer Lukashka, victorioso, los ojos deslumbrantes de juventud y de luz, arrogante y heroico.

El Atamán y su mujer le miraban, sonrientes, como si no acertaran a darse aún cuenta del milagro.

Lukashka abrazó a su madre, llenándola de besos, y luego miró al autor de sus días, sin mezcla algu-

na de rencor. Parecía no acordarse de la salvaje pelea de que los dos fueron protagonistas.

—Padre—dijo, con sonrisa fanfarrona—, mañana salimos contra los tetchenes. Desde ahora soy otro hombre. Tú me has dado el ejemplo.

Tampoco el Atamán guardaba el menor resquemor contra su hijo.

—¿Vienes con nosotros?

—¡Quiero combatir a tu lado!

—¡Bravo, hijo! Así se hace uno hombre.

—Lo he aprendido de ti.

Y entró en su habitación, mientras los dos viejos se miraban, contentos del prodigio.

Y el Atamán acarició a su mujer y la dijo con dulzura, como si la quisiera hacer olvidar las palabras imprudentes, vertidas en otra ocasión:

—Vieja querida, me has dado "un hijo".



Al amanecer sonaron los tambores y clarines llamando al combate. Era preciso luchar de nuevo contra los circasianos, la antipática tribu del pueblo cosaco.

La plaza rebullía de gente, de hombres armados, dispuestos alegremente a marchar a la guerra, sin comprender que tal vez fuese la última a que asistían.

Lukashka vestía ya el largo abrigo de cosaco y encasquetaba su cabeza el blanco gorro de piel.

Sentía el muchacho ansias indecibles de guerrear. Ya nadie se burlaría más de él; había demostrado que era un valiente y lo seguiría demostrando.

Le habían herido antes las bur-las de su padre, la grotesca ceremonia de pisar la uva y, sobre todo, las palabras desdeñosas de Maryana, la única mujer a la que había querido, pero a la que era necesario demostrar que a él no se le insultaba en balde.

¿Querían que fuera a la guerra? Pues así lo haría, asombrando a todos con sus hazañas; y jamás nadie le tildaría de nuevo de cobarde.

Lukashka sonrió al verse con el uniforme de cosaco. Su madre, amorosa, le ladeó graciosamente el gorro.

¡Su hijo convertido en un cosaco! Era toda su ilusión. También el Atamán sonreía, satisfecho de lo que creía su obra. Seguramente, de no haber dado aquella paliza a Lukashka, éste se hallaría aún vagando como un meditabundo, diciéndoles cosas a las flores y a las estrellas, mientras que ahora era un digno heredero de su nombre.

Besó a su madre y salió de la casa para ir a examinar, por última vez, los arreos de su caballo.

Por una contigua ventana, Maryana había estado observando a su amigo. En su alma de mujer nacía una profunda admiración ha-

cía el héroe de la noche anterior... Y se sentía orgullosa de que el hombre al que ella quería no fuera el cobarde a quien todos recriminaban antaño.

Al verle salir, corrió Maryana a su lado y pronunció su nombre con intenso amor.

—¡Lukashka!

El joven cosaco la observó con el rabillo del ojo y desvió rápidamente la mirada, yendo hacia su caballo, examinando su silla y acariciando con dulzura al animal.

¡Buen compañero! Había que ser tan valiente como el amo. Y la bestia cabeceaba como si hiciera una promesa de fidelidad.

—¡Lukashka... escúchame... por favor!—sollozó Maryana, desconcertada por aquella fría actitud.

Pero el joven pareció no oírla ni reparar en ella. Saltó ágilmente a su montura, empuñó la larga lanza con la que soñaba atravesar cuerpos enemigos, y fué a reunirse con sus compañeros en la gran plaza de la aldea, absolutamente ocupada por los jinetes de la expedición.

—¿Por qué hace eso conmigo, por qué?—se dijo la pobre enamorada, amargada por la indiferencia de él.

¿Y no podría dirigirle la pala-

bra? ¿Y no habría modo de decirle que le quería, que la hazaña de la última noche había borrado de su alma todo resquemor y que le admiraba como al más hermoso de los ídolos?

Dirigióse lentamente a la plaza, buscando un hueco por donde poder filtrarse y llegar de nuevo hasta su amado, descocha de desarregar aquel ceño ofendido.

Las tropas estaban formadas, produciendo una impresión de pavor, de muerte. El Atamán, al frente de sus huestes, les dirigió una vibrante arenga.

—¡A las armas todos los cosacos!—dijo—. ¡Vamos a guerrear con todas las tribus tetchenes que albergan esas montañas!... ¡Que nadie deje de cumplir su deber!

Le contestó un rugido de entusiasmo, un sí unánime y firme como una descarga. El Atamán podía fiarse de todos; eran de los que morían y, destrozados por una bala, no osaban alzar una queja. El jefe lo comprendió así y sonrió orgulloso de su gente. Miró a su hijo, que estaba junto a él, y notó, alegremente, colmada toda su alma de satisfacción. Nunca había ido a la guerra con su hijo. Asistía a los combates con la melancolía de que quedaba un cobarde en su hogar.

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Ahora, la raza de los valientes proseguía inmortal.

De pronto, apareció el pope con su crucifijo y todos los jinetes desmontaron e hincaron rodilla en tierra.

El padre pronunció una oración y bendijo a los que iban a combatir. Y aquellas gentes, rudas y primitivas, que no conocían al verdadero Dios del amor y la paz, se encomendaron a la divinidad de la guerra y de la victoria.

Aprovechando aquellos momentos, Maryana, atravesando peligrosamente la plaza bajo las piernas de los caballos, consiguió llegar junto al sitio donde oraba Lukashka.

Tocóle por una de las mangas y le dijo:

—Lukashka, cuando vuelvas iremos a buscar flores juntos a la estepa... y me enseñarás dónde está el nido de palomas.

El no pareció reparar en aquella criatura. Sintió los tirones del brazo y no hizo el menor movimiento. Con los ojos fijos en el sacerdote, seguía atentamente sus oraciones.

Maryana estaba desolada ante aquella firme actitud.

—Pero... escúchame... mirame... no me hagas sufrir tanto... Lukashka, eres mi novio... ¡te amo!

Ni un músculo, ni un reflejo de emoción en aquel rostro impenetrable, frío, severo.

—¡Lukashka!...—prosiguió llorando.

El mismo silencio, la misma actitud del ser ajeno a lo que ocurre a su alrededor.

¡Ah, cuánto le hacía sufrir aquel hombre! ¡Cómo se cobraba las palabras crueles de ella cuando le despreció! Pero... ¿siempre habría de durar su enfado? ¿No habría perdón para una mujer que quería sencillamente que su novio fuera un héroe?

Sonaron de nuevo los clarines, el toque de marcha. Los cosacos volvieron a subir a sus monturas. Lukashka saltó sobre su caballo y avanzó lentamente, con su padre, el abanderado y otros oficiales al frente de la comitiva.

Una nerviosa desesperación llenó a Maryana al verse tratada de manera tan despiadada, tan cruel.

Se levantó y comenzó a andar al lado de su amigo, tirando de su guerrera, repitiéndole palabras de humillación y de amor.

Los caballos comenzaban a trotar y la pobre muchacha, para no perder la distancia, debía correr desesperadamente.

—¡Lukashka, sin ti no podría vi-

vir!... Oyeme... mirame al menos...

El guerrero siguió imperturbable en su crueldad. No tuvo para aquella mujer ni la caridad de una mirada. Preciso era hacerla sufrir, que comprendiese que a él no se le ofendía...

La joven se colgó de su brazo, y como impidiese a Lukashka sus libres movimientos, éste la apartó bruscamente de su lado con tanta violencia que la derribó en tierra.

Maryana, llorando, vió cómo se alejaba aquel hombre implacable, que la despreciaba con todo el odio de su alma.

¡Ah! ¿Por qué tuvo que ofen-

derle de aquel modo? Todo había acabado entre los dos.

Unas mujeres, al verla en el suelo, se echaron a reír, contentas del desprecio de que era víctima la muchacha. Esta se irguió y les dijo:

—¡Envidiosas!

Y, levantándose, regresó a su casa para llorar su dolor.

Los cosacos salían ya del poblado, atronando el espacio con sus clarines de guerra.

Lukashka, al abandonar el pueblo, sonrió débilmente y murmuró para sí, con un ansia dulcísima de comunicarse a sí mismo el pensamiento contenido por orgullo:

—Maryana, ¡te quiero!

\* \* \*

Y así transcurrió el tiempo: los hombres, guerreando sin cuartel en las montañas, y las mujeres, trabajando sin tregua en las rudas labores del campo.

Un día llegó al poblado de Novomlinska una diligencia, escolta por un piquete de soldados.

Su inesperada presencia atrajo la curiosidad de todas las mujeres, quienes rodearon el carruaje, viendo bajar de él a un cosaco.

—¡Oh, un cosaco de Moscou! —comentaron todas.

El aludido sonrió y exclamó, señalando el interior del coche:

—Vengo con mi señor, el teniente abanderado Olenín, que trae una misión imperial a Novomlinska.

—¡Un oficial!

Y las mujeres, eternamente murmuradoras, se arremolinaron alrededor del carruaje para ver al emisario del Zar.

—No os acerquéis al coche—advirtió el cosaco—. A mi señor le disgusta la curiosidad popular.

Apareció el oficial en el estribo. Era un hombre joven, simpático, de porte elegante, de ojos vivos y sonrientes... Todas le admiraron con devoción, sintiéndose atraídas por su arrogancia. Entre ellas estaban Maryana y su madre, quienes, con el mismo espíritu curioso, contemplaron al enviado de la corte.

El pope, el único hombre de representación que quedaba en el pueblo, acudió a saludar al distinguido viajero. Este, después de recibir respetuosamente la bendición, dijo:

—Soy el oficial Olenín de Moscou, y traigo una carta para el Atamán.

—Señor, el Atamán está al mando de los cosacos, peleando contra los circasianos.

—Entonces tendré que esperar aquí su vuelta, porque el mensaje es importante.

—Será para nosotros un honor teneros en el poblado.

—¿Quiéres citarme una posada para hospedarme?

—Los cosacos no tienen posada, señor.

—Entonces... ¿cómo voy a hacerlo?

—Cualquiera de nosotros os cederá decorosas habitaciones.

El pope pasó la mirada por el grupo de mujeres y señalando de pronto a la madre de Maryana, dijo:

—La viuda Akolena tiene una casa espaciosa y podrá consagrarse a servirlos.

La aludida accedió de mil amores al requerimiento del padre, y acompañó a su casa al oficial y su asistente, destinándoles las mejores habitaciones del primer piso.

Las demás mujeres quedaron comentando la buena suerte de la viuda, y Maryana permaneció aún en la plaza, sin hacerle demasiada gracia la presencia de aquellos invitados.

¡Se sentía tan apesadumbrada, tan melancólica desde que Lukashka marchó! Estaba convencida de que todo había terminado entre los dos y ésto le producía una viva amargura, no viéndose con fuerzas para cerrar la herida abierta en su alma.

¡Lukashka, carácter indomable! ¿Por qué no quiso escucharla? ¡Ah, tal vez no le volviese a ver ella nunca, acaso el valiente guerrero habría muerto en una de aquellas despiadadas montañas, abandonado de todos y sin pronun-

ciar en su agonía otro nombre que el de su madre!

El oficial de Moscou se posesionó de su albergue y desde la ventana contempló a los grupos de mujeres que comentaban en la plaza la llegada del elegante viajero.

—Mira, Kouzme — le dijo al asistente—. Esas son las famosas bellezas cosacas, de que tanto me habían hablado.

—Preciosas mujeres, mi teniente.

La viuda Akolena no se movía de la habitación, hablando sin parar, preguntando cosas de Rusia, mostrándose parlanchina hasta provocar el cansancio de sus oyentes.

Estuvo más de un cuarto de hora con una verborrea insufrible, tan pesada, tan antipática que el teniente optó por cambiar inmediatamente de residencia.

—Mire, señora—le dijo—. No estaría bien que yo habitase en casa de una mujer sola y bella como usted.

—Pero, señor oficial...

—He decidido buscar otro alojamiento.

—No es posible... Yo, señor...

Y la viuda se sentía halagada y contrariada a la vez por el motivo de la excusa.

Pero en aquel preciso instante

apareció Maryana, y el oficial quedó encantado de la deslumbrante belleza de aquella linda criatura.

—Es mi hija Maryana que vive conmigo, señor...—dijo la madre.

—¡Oh, en ese caso es diferente! Acepto su hospitalidad con mucho gusto.

Y besó la mano de la joven, quien severa y fría miró al oficial, pareciéndole muy pagado de sí mismo.

Salió la madre, contenta de haber convencido a su huésped de que debía quedarse allí. Nuevos comentarios habría habido entre los vecinos si el de Moscou se hubiese largado a otra casa. También el asistente marchó para guardar el equipaje.

Maryana quiso salir poco después, pero rápido como una centella, Olenin cerró la puerta.

—No quiero que te vayas, preciosa—le dijo.

—¿Por qué cierra usted la puerta, impertinente?

—Quería decirte a solas que eres muy bonita.

Y su mano atrevida quiso tantear el fino y bien torneado brazo de la moza.

Maryana sabía hacerse respetar. Nadie había podido lograr nunca de ella el menor favor.

Enarboló un candelabro y gritó con voz ronca:

—Déjeme usted salir, o...

El oficial no quiso pasar adelante con sus atrevimientos. Muy capaz era aquella chica de hacer carambola con su cabeza.

Abrió la puerta y le dejó el paso franco.

—Sal, preciosa... y procura no ser tan arisca conmigo.

—Fui siempre igual.

—¿Para todos?

—Y para usted.

Y desapareció por la escalera mientras el teniente Olenin frotábase las manos alegremente.

Era así como le gustaban las mujeres... Un poco salvajes, un poco felinas... Son maravillosas para el amor.

\* \* \*

Lukashka estaba de guardia en el campamento. De pie, firme, con el fusil en una mano, valiente hasta la temeridad, guardaba los "vivacs".

Había tomado parte en diferentes combates, derrochando a manos llenas la energía y el valor... Todos le alababan, convencidos de su temple de acero y de su formidable voluntad.

La noche era serena. El muchacho miró a lo alto, infinitamente iluminado por las estrellas... Entre los millones de puntos caprichosos de luz creyó leer el nombre de Maryana.

¡Cómo adoraba a esa mujer!

La distancia había acrecentado este cariño.

Deseaba que terminase la guerra para ir a reunirse con la joven y decirla con toda su alma que la quería. Maryana le estaría esperando y rezando por él a pesar de sus desplantes. Habían nacido el uno para el otro; desde la infancia estaban prometidos para toda la vida.

Bajo una de las tiendas estaban el Atamán y varios guerreros, pasando la tranquila velada escuchando diferentes hechos de armas.

Los circasianos, que anteriormente habían recibido una severa derrota, no parecían tener ganas de pelear. La noche era tranquila.

De pronto, uno de los cosacos dió señales de inquietud y viendo unas franjas de luz que penetraban en la tienda, exclamó:

—Esta noche podría ser de sorpresas porque hay luna llena. Se impone vigilar mucho.

—¿Quién está de guardia hoy?

—Lukashka. —dijo otro guerrero.

—Lukashka no es aún un cosaco completo. Aun no ha sido herido.

—Elio no importa. Mi hijo ha demostrado que nadie le gana en valentía—protestó Atamán.

—Tiene razón. ¡Es verdad! ¡Es verdad!—dijeron voces de diversos lugares.

Y continuaron tranquilamente su reunión, seguros de que vigilaba el buen centinela.

Pero, como había temido uno de los soldados, los enemigos aprovecharon aquella hermosa noche de luna para querer entrar a traición en el campamento cosaco.

Procurando ocultarse bajo la sombra de los árboles, al borde de los enormes peñascos, los rudos circasianos avanzaban cautelosamente, conteniendo el aliento.

Pero allí estaban los ojos avizores del centinela nocturno: Lukashka, que vió destizarse a los

bandidos como serpientes silenciosas.

No había duda, ¡eran ellos!... Inmediatamente hizo retemblar un tambor, esparciendo la nota de alarma por todo el campamento.

—¡El enemigo está ahí! ¡A la lucha!

Y en un instante, los bravos cosacos, montando en sus caballos de guerra, se dirigieron al encuentro de los adversarios quienes al verse sorprendidos comenzaron a disparar.

El griterío era ensordecedor y al bello reflejo de la luna, la cómplice poética de todos los amores, los enemigos acometieron con sus fusiles, sus espadas y sus lanzas.

La lucha fué sin cuartel. Se encabritaban los caballos dando trágicos relinchos, mezclados con los ayes de los moribundos.

Pronto el suelo quedó cubierto de muertos y heridos y sobre este suelo de carne, maniobraron los caballos y siguieron peleando los irreconciliables jinetes.

Brillaban las espadas y lanzas heridas por la luz lunar, mostrando su tajo ensangrentado.

Los cosacos vencían, acorralando poco a poco a los circasianos. El Atamán con sus hombres avan-

zaba siempre, siempre; porque esta era su consigna militar.

También Lukashka luchaba con bravura de león, haciendo honor a su raza. Lanza en ristre acometía a su contrarios, atravesándoles el cuerpo con un solo y vigoroso movimiento de su brazo.

Su caballo tropezó y derribó a Lukashka que a pie siguió defendiéndose contra las turbas enemigas. Un circasiano de piel oscura, blandiendo su espada, cayó sobre el joven y le dió un violento tajo en la frente, cerca de la nariz.

Pero Lukashka continuó luchando y castigó a su agresor, dándole muerte.

Una hora después acababa la lucha con la vergonzosa retirada de los circasianos, que habían perdido más de la mitad de sus hombres.

También eran bastantes las bajas de los cosacos; pero eso no hacía mella en los ánimos alegres de los vencedores.

Era su destino morir. Un día uno y mañana otro.

Varios cosacos recogieron a Lukashka que había caído en tierra debilitado por su herida.

Al ver a su padre, el Atamán, que le felicitaba por su valeroso modo de guerrear, el muchacho exclamó:

—Me han herido por fin, padre. Estoy contento... Y después de todo, el olor de la sangre no es tan desagradable como parecía.

Y se echó a reír, ocultando el dolor que le producía su carne abierta.

Y todos volvieron al campamento como una hermosa y ruda cabalgata de otra edad.

\* \* \*

Pasaron nuevos días... En el poblado de Novomlinka se aguardaba pacientemente la vuelta de los cosacos.

El teniente Olenín se hubiera aburrido en la larga espera a no ser por la presencia de Maryana.

A medida que fué tratándola y conociéndola más le pareció un verdadero tesoro de mujer, no sólo en su aspecto físico, que nada tenía que envidiar a las damas de la corte, sino también en su parte moral, agradándole su carácter y su dulzura.

Olenín, que, aunque algo vanidoso, no era mal muchacho, acabó enamorándose de ella... Y en su amor no había, como al principio, resquicio de pecado, sino pasión honrada y pura, de mozo que sabe que la felicidad estriba en la unión del hombre y la mujer.

Y comenzó a tratarla con hondo cariño, mostrándose atento con ella, sin audacias ni atrevimientos de ningún género.

Esto le valió más que los primeros impulsos brutales. Aunque hay casos de mujeres que desean ser rendidas por la fuerza, la mayoría exige la persuasión y la constancia.

Maryana dejó de experimentar antipatía por el teniente y ya no le parecía tan desagradable como al comienzo de su compañía. Le agradaban sus frases, le hacían reír sus galanterías... Sin darse cuenta iba experimentando una poderosa influencia ajena.

A menudo se acordaba ella de Lukashka, el ingrato amante que no quiso escuchar sus frases de perdón... A duras penas borraba de su imaginación aquel pensamiento tormentoso.

¡Ingrato... mal hombre! Con lo que ella le había querido... con lo que ella... ¡oh! eso lo decía bajito, temerosa, ¡con lo que ella le quería aún!...

Resignada a perder aquel amor, gustaba como mujer de sentirse ha-

lagada por el hombre que la llamaba bonita.

Era un simple pasatiempo, pues demasiado sabía que aquel brillante oficial de la corte rusa no podía casarse con una campesina. Sólo en los cuentos de hadas, las pastoras se casan con el hijo de un rey.

Y eniretando, se acercaban al poblado los bravos cosacos, vencedores una vez más de sus enemigos.

El Atamán y sus hombres lanzaron gritos de júbilo al ver aparecer a lo lejos el campanario de la iglesia de Novomlinska y las casitas que albergaban a sus familiares.

—Ya vamos acercándonos al vodka—dijo uno de los soldados.

—¡Y a nuestras mujeres!—exclamó otro guerrero de ojos brillantes.

—Eso... decís bien—interrumpió el Atamán—. La guerra, el aguardiente y el amor. He aquí la bella vida de los cosacos del Terek.

Lukashka sonrió. Llevaba razón su padre... ¡El amor! Y pensaba en Maryana, cuyo cariño iba a ser la compensación, el buen premio a sus jornadas de combate.

Tardarían menos de media hora en entrar en el poblado... Picaban espuelas, deseosos de acortar en lo posible la distancia.

Y en aquellos instantes, allá en su casita, Maryana se estaba probando ante un espejo un bello mantón.

Sonrió al verse bonita, al sentir aumentada su hermosura con aquellas galas de seda de color.

El oficial Olenin entró en la sala y quedó contemplando dulcemente a la bella campesina.

—Eres muy hermosa—le dijo—, pero te voy a enseñar cómo se arreglan el mantón las damas de la corte.

Y sonriente le quitó el mantón y se lo volvió a colocar con cierta gracia distinguida.

Al propio tiempo sus manos rozaron los finos hombros de la muchacha y se estremeció.

—¡Estás encantadora!... Quiero hacerte un regalo.

De una pequeña arquita sacó un collar de perlas y lo ciñó a la morena garganta de la joven. Luego puso una pulsera de oro en uno de sus brazos.

Maryana sonrió, admirando aquellas prodigiosas joyas, esas luces que deslumbran como espejuelos las almas de las mujeres.

—No... eso no puede pertenecerme a mí—exclamó al cabo de unos momentos.

—Maryana—dijo él fervorosa y



...era el cosaco más fuerte y valeroso de la tribu.



...aspirando una fructuosa y sedosa miel de su bota...



!Què mole era quella gente!



...santó el veré con el uniforme de cóctel.



—pronunció su nombre con intenso amor.



—¡Vamos a guerrear con todas las tribus!



Llegaron los cueros  
al poblado.



...marchó en dirección  
a la casa de Mariqua.



Confrontación con fría hostilidad al tentante...



Van acá, valiente, y no pongas ese carn blanco y ahurrido...



— Los felchianos son  
los mayores ladrones  
del Cáucaso.



— Ahora ligad a uno de  
los perros prisioneros.



— Si el cardo sabe leer, rompe la paz del Zar.



El Almán corea, sintiéndose rejuvenecido ante la presencia de la hielada.



—Piensa que es el  
manserón del Zar.



...uno de los magnates  
circasianos...

seriamente—. En el tiempo que he pasado en Novomlinska he aprendido una cosa.

Ella le miraba confusa, sin responder.

—He aprendido que te amo más que he amado nunca a ninguna dama de la capital.

Aquellas palabras hicieron abrir desmesuradamente los ojos a Maryana y sonaron en sus oídos como una música de ritmo desconocido.

—Sí, te quiero, Maryana—añadió el oficial abarcando su talle y pretendiendo darle un beso.

—¡Apártese! ¡No me toque!—protestó airada a tiempo que le tiraba varios objetos que estaban sobre una cómoda.

El joven detuvo la indignación de su amiga y le dijo:

—Te hablo en serio. Desco llevar una esposa cosaca a la corte.

—¿Una esposa?—dijo al fin admirada.

—¿Habías podido pensar de mí otra cosa? No es la amiga lo que busco, la que pueda darme un amor efímero y superficial... Es algo más serio, te tengo metida en mi alma... ¡y te quiero!... Maryana, ¿quieres ser mi mujer?

Cayó de hinojos ante ella, contemplándola con tierna devoción,

acariciando sus manos de campesina, finas todavía a pesar del laboreo.

Maryana le miró espantada, dudando de lo que estaba oyendo.

—Las mujeres cosacas sólo se casan con cosacos—dijo.

—No, Maryana. Tú no puedes unirte a uno de estos montañeses para envejecer como una bestia de labor en las rudas faenas del campo.

—Los cosacos no envejecen. Viven felices y mueren tranquilos—respondió.

Y temerosa de proseguir aquel difícil diálogo, salió de la estancia, encerrándose en su cuarto para meditar sobre las palabras del oficial.

¿Era posible lo que él había dicho? ¿Casarse, irse con él a la corte del Zar, ser una de aquellas damas que le parecían de un mundo diferente?

¡Ah, qué loco ensueño! Pero, ¿se dejaría escapar aquella proporción magnífica con que el destino descaba obsequiarla? ¿Qué porvenir se le reservaba a la pobre mujer que, como había dicho Olenin acertadamente, no era más que una bestia de trabajo?

El amor había pasado una vez por el corazón de Maryana. Sí, adoró con locura, con la florida

emoción de las primeras ilusiones al joven Lukashka. ¡Pero este muchacho le había pagado tan mal! ¡Se mantenía tan riguroso, tan implacable en su venganza!

El no volvería nunca a declarar-le su cariño.

¿Por qué no aceptar entonces el amor que parecía honrado de aquel elegante oficial, cuya sola presencia despertaba escenas de brillantes cortes y deslumbrante majestad?

¿Le amaba ella realmente? Te-

nía Maryana que confesarse que no. Era demasiado reciente el fracaso de la otra pasión para querer de nuevo a un hombre con igual intensidad que antes. Pero de todas maneras le era simpático y la simpatía es una brecha casi decisiva para rendir la fortaleza del amor.

Seguiría consultándolo con su corazón y si no era muy difícil el sacrificio, si no era muy vivo el recuerdo, aceptaría.



Llegaron los cosacos al poblado. Saludaban con extraordinario griterío a las gentes que salían a su encuentro, ávidas de conocer el número de los que volvían y de los que no regresarían más. Nadie sabía el número de bajas hasta tanto no regresaba la expedición. Y en un instante, las casadas pasaban a ser viudas, las hijas a huérfanas... Llorando amargamente, las mujeres a quienes hirió la adversidad volvían a meterse en sus casas, lamentando la pérdida del ser querido. Pero horas después reaparecían ya resignadas, comprendiendo

que ningún cosaco podía librarse del peligro de la muerte.

Apenas Lukashka hubo besado con amoroso transporte a su madre, marchó en dirección de la casa de Maryana. Quería hablar en seguida con ella. Deslindar de una vez su situación, presentándose como el enamorado leal.

Pero una mujer le llamó en mitad del camino y le dijo con una sonrisa cruel, complaciéndose en el daño que causaba:

—¿No sabes? Maryana se ha enamorado de otro hombre.

—¿Qué dices, loca?

—Sí, está enamorada de un oficial de Moscou. Ya irás comprendiendo... Verás como la encuentras cambiada.

—¡Calla, vieja condenada! ¡No puedo creerte!

Al llegar ante la puerta de la casa se detuvo. Meditó de nuevo sobre las palabras de la vieja. Si esto era verdad, él cometería una locura. Pero, no, imposible que fuese cierto. Habladurías de comadres, de gentes malignas que disfrutaban haciendo daño al prójimo.

Se dispuso a entrar. No demostraría al principio interés por Maryana. Era preciso hacerle pagar con creces aquella ofensa que le infirió un día... Luego cuando ella estuviese muy enfadada, le diría que la amaba con toda su alma, que era su único ídolo.

Entró en la amplia casa de la campesina, Maryana se hallaba en la salita baja y al ver regresar a aquel guerrero que había sido la luz de su corazón, dió un grito de alegría.

—¡Lukashka! —dijo, sonriente, yendo hacia él con un impulsivo deseo de abrazarlo.

—¡Hola, Maryana! —respondió con marcada frialdad a tiempo que pasaba su mirada distraída por el recinto.

La joven le contempló emocionada y sorprendida al propio tiempo por el retorno del hombre a quien consideraba para siempre perdido... Pero ya que había venido, ¿por qué no la miraba? ¿Por qué sus manos no acariciaban las suyas y sus labios los suyos como alguna otra vez? Ahora ella no le rechazaría como antaño, porque el cosaco era un valiente.

—Lukashka—continuó anhelante—. Si vieras lo dichosa que soy al recibir tu visita. Pero, ¿qué tienes? ¿Por qué pones esa cara severa? ¿Es que no te alegras de verme?

—Estoy ya bastante alegre —respondió con acentuado desdén.

—Parece que ya no me quieres, Lukashka... Esa manera de expresarte...

—Ahora soy un cosaco de verdad y ya no sé jugar como los niños. ¿Te enteras?

—Por Dios, Lukashka... ¿Todavía me guardas rencor? ¿No sabes que te admiro, no lo sabes? ¿No te acuerdas del día de tu marcha a la guerra? Te seguí como un perrillo fiel, y tú no quisiste contestarme.

Lukashka quiso seguir mostrando indiferencia aunque su alma ha-

tallaba por poder gritar su ansias de amor.

—Sí... sí... ahora hablas de este modo... pero antes... bien me acuerdo de cómo me ofendiste... Tengo buena memoria... ¡Ay, aquella tarde en el lagar! Era gracioso, ¿verdad? Tú me insultaste llamándome cobarde... pues ahora soy otro hombre... ¿entiendes? He matado diez tetchenes en esta campaña.

—¿Tú?

—Y en un combate casi me cortaron la nariz.

—¡Lukashka!

—¿Y ya sabes que se ha acabado el vodka en el pueblo? ¡Es que yo solo me lo he bebido todo!

Se complacía en hacerla sufrir, devolviéndole del mismo modo todo el daño que ella le había hecho antaño con sus palabras. Además, aquellas malditas palabras de la vieja...

Maryana, ofendida por aquella actitud, dijo:

—¿No has pensado nunca en mí durante la campaña?

—¿Para qué? ¡Nunca!—respondió cruelmente, aunque la tierna mirada de sus ojos desmintió la afirmación.

Ella alzó la cabeza retadora, son-

riente, con orgullo de mujer a quien no faltan adoradores.

—Pues has de saber que mientras tú estabas fuera, ha venido a esta casa un oficial de Moscou que quiere casarse conmigo.

Estremeciéndose Lukashka. No había sentido nunca tal sensación de desagrado, ni aun hallándose en el combate.

¿Entonces la maldita vieja no mentía? Aquellas palabras que él no quiso creer, pensando que nacían en el arroyo, tenían un fundamento.

Ya no siguió fingiendo indiferencia. Maryana era la mujer que realmente amaba y por ella se lo jugaría todo, hasta la vida. Cogió por un brazo a Maryana y mirándola fijamente, con los ojos de fuego, le dijo:

—¿Que ese oficial quiere casarse contigo? ¡No! Yo sólo me casaré contigo, ¿lo oyes?, yo sólo...

La campesina lanzó un grito de alegría... el cosaco la quería, aquella indignación, aquel furor repentino, lo demostraba claramente. Pero ella era mujer y quiso saborear su venganza.

—Me casaré con un oficial que me ha regalado collares, brazaletes, sortijas... Mira...

Y le señaló el fino collar y los

brazos nítidos donde centelleaban las joyas.

—No te casarás con ese hombre... porque eres mía... Tú y yo nos vamos a casar...

—Si me caso contigo trabajaré en el campo y pronto seré vieja y fea, como las demás mujeres de la tribu.

—¿Crees que has sido nunca bella?—le dijo despedido.

—Así lo creen algunos.

—¿Qué ciego te ha dicho que eres bonita?

—Un hombre con los ojos azules como el cielo. No un hombre con los ojos oscuros y sangrientos como tú.

—¡Parece mentira! Sabías que iba yo a ser ahora un verdadero cosaco. ¿Cómo has podido hacer caso a otro hombre?

—Cuando se deja una plaza, otra se toma.

—¡Infel... ingrata! ¡Y puede pensar de ti otra cosa! Nunca he podido entender a las mujeres... ¡gracias a Dios!

Apareció en la escalera el teniente Olenin. Lukashka volvióse rápidamente al oír pasos y contempló con insolencia a aquel apuesto oficial de ojos azules.

Comprendió que era su rival, el

hombre que aprovechándose de su ausencia le quitaba a la enamorada. Abarcóle de pies a cabeza y murmuró con profundo rencor:

—¡Quisiera que se le cayera la casa encima!

Y marchó violentamente a la calle, mientras seguía repitiendo con amargura:

—¡Ingrata... infel!

Al verle partir, Maryana experimentó una torturadora angustia.

¿Por qué acababa de berir tan cruelmente el corazón de Lukashka? ¿Por qué le había dicho que se casaría con otro hombre?

¡Ah, qué manera de mentir por orgullo, por vanidad de mujer!

Al ver ahora al teniente Olenin, sintió feroz antipatía hacia él.

—¿Quién es ese hombre que acaba de salir?—preguntó riendo, el teniente—. No parece sujeto de muy buen humor.

—No me pregunte usted nada... Todo me hastía... usted... él... el mundo... ¿Qué apenada estoy!

—Pero Maryana, ¿qué significa ese desplante?

—No quiero oírle, no quiero saber nada de nadie... Tome, se lo devuelvo... No me interesa ya...

Y llorando, tiró al suelo el collar y las demás joyas que el te-

niente le había regalado. Y entró en su cuarto, llorando amargamente y repitiendo en voz baja un nombre muy amado: Lukashka.

Se acusaba de no haber sido lo bastante hábil con el cosaco. Indudablemente él la quería desde el momento en que vino a verla a su casa. Pero el hijo de Atamán tenía un orgullo de hombre, y mimado por la fortuna deseaba hacerse querer... y ella no lo comprendió... Y avivó la llama de los celos y puso entre los dos un cerco infranqueable... ¡Ah, maldito orgullo!

El teniente Olenín seguía abajo con la vista fija en la puerta por

donde Maryana había desaparecido.

Su asistente, que había presenciado la última parte de la escena, se acercó a él y recogiendo las joyas del suelo, se las entregó y dijo:

—Señor, si quiere casarse con una cosaca, ¿no sería preferible elegir a otra mujer de mejor genio?

El teniente sonrió... y repuso, mirando al techo por donde resonaban los pasos inquietos de la doncella:

—Es la más bella de todas. Y las cosacas no se distinguen por su delicadeza...

\* \* \*

El poblado de Novomlinska celebraba con grandes fiestas la vuelta de sus huestes victoriosas...

Durante las fiestas de la tribu, corría el vodka a ríos. Los cosacos demostraban sus habilidades guerreras y sus peligrosos ejercicios de equitación.

En la gran plaza se celebraban

ante todo el pueblo reunido, las proezas a caballo.

El Atamán presidía los festejos. Estaba acompañado del teniente Olenín a quien atendía con el más exquisito trato. Era un emisario del Zar y había que mostrarse extremadamente amable con él.

No muy lejos de ellos estaba

Maryana, vestida con su traje de los días solemnes, y la cabeza adornada por una diadema de flores. Presenciaba tristemente las ceremonias, no sacando los ojos de un grupo que formaban Lukashka y otros cosacos.

El joven enamorado demostraba su alegría nerviosa, de hombre sturdido que desea olvidar... A veces contemplaba a Maryana y se echaba a reír sarcásticamente, y esa carcajada hacía mucho daño a la pobre mujer. Quería demostrarle que nada le importaba ella ni el engomado oficial de la Corte.

Los cosacos efectuaron atrevidas piruetas sobre sus caballos y Lukashka demostró que dominaba maravillosamente el arte de la equitación. Saltó en marcha, a todo galope, se puso de pie sobre el caballo, dando de esta manera dificultísimas vueltas, realizó todas las audacias que con peligro de su vida puede hacer el más consumado jinete.

Luego, con una espada desnuda, entre los dientes, desarrolló nuevos y magníficos ejercicios, saltando tan pronto sobre el caballo como a tierra, delicadas piruetas en las cuales la menor contrariedad hubiera significado la muerte.

—¡Mi corazón se siente rejuvenecido!—dijo el Atamán a unos cosacos.

—No es para menos. Tenéis el hijo más valiente que jamás nació en nuestro país.

—Estoy orgulloso de él.

Terminadas aquellas valientes pruebas, a una orden del Atamán todos los cosacos se dirigieron a la taberna, invadiéndola a empujones con la avidéz de beber alcohol.

Lukashka, que había efectuado sin ilusión alguna sus piruetas de equitación, importándole poco morir en ellas, había apagado su sonrisa y entrando en la taberna, se sentó en uno de los rincones con profundo mal humor.

¡No podía arrancarse el amor de su pecho, no podía!

Contemplaba con fría hostilidad al teniente Olenín, sus vestiduras elegantes, su porte fino, de hombre que no vió nunca el peligro de cerca... ¡Y Maryana prefería aquel pelele a él, cosaco curtido en las batallas!

¡Oh, absurdas mujeres! Había sido Maryana quien en otro tiempo recriminó a Lukashka porque éste prefería la dulzura de la tierra natal, la bondad de la paz, a los peligros de la guerra, y ahora ella

se enamoraba de uno de esos soldados de la brillante corte que no han oído nunca un tiro, que sólo conocen las recepciones palaciegas y los bellos minués de gala. ¡Qué sarcasmo tan impenetrable es una mujer, se dijo.

Oyóse la voz de su padre, el Atamán, quien decía:

—¡Cosacos! ¡Vamos a beber en obsequio del emisario que nos envían de Moscou!

Todos levantaron su copa de negro vino en honor del huésped ilustre. Todos menos Lukashka, que permaneció sentado, silencioso, mientras una sonrisa de ironía pasaba por sus labios de luchador.

El teniente Olenín tuvo que corresponder al brindis bebiendo también vodka. Creyó que se tambaleaba al sentir en su estómago el hirviente chorro del vino. Pensó morirse de angustia como si hubiera ingerido un veneno, pero disimuló.

Luego sacando de un tubo de cartón un arrollado papel, lo puso en manos del jefe de la tribu.

—Atamán, tengo el honor de entregaros el mensaje que os envía nuestro señor, el Zar de todas las Rusias.

Hubo un silencio de expectación

general... ¿Qué querría decirles el poderoso emperador?

El Atamán, sonriente, cogió el mensaje y simuló leerlo, sonriendo forzosamente...

—Buena escritura... y buen papel... ¡diablo! — comentó con varios amigos.

Pero el teniente tuvo que advertirle que leía el documento al revés.

—¡Tiene razón!... ¡Me distraigo tan a menudo!—respondió.

Mas a pesar de que tenía de frente el escrito, no acertaba a descifrar la endiablada escritura. ¿Qué jeroglífico era aquel? ¿Qué querían decir aquellos monigotes?

Miró angustiado a sus compañeros... ¡Pardiez! El se había preocupado mucho de saber guerrear, pero en cuanto a enseñanza no había recibido ni el abecedario. Y sus soldados también ignoraban el arte de la lectura.

¡En buen compromiso estaba! ¿Cómo iban a hacerlo para enterarse del mensaje del Emperador?

Olenín comprendió aquellas dificultades, y hombre muy diplomático, muy fino, exclamó:

—Permitame que se lo lea yo... Hay poca luz... y usted tiene la vista cansada.

—Es verdad... ¡Sí... sí! Muchas

gracias—le dijo con todo el agradecimiento de su alma por haberle evitado que continuara el ridículo.

El teniente se colocó bajo la lámpara de petróleo y comenzó a leer el texto imperial:

*Nos Zar de Rusia por la gracia de Dios, nos dignamos enviar un paternal saludo a los bravos cosacos del Terek.*

—¡Viva... viva el padrecito! — interrumpió el Atamán.

Y todos dieron un viva a la dulce y bondadosa persona del Zar inviolable.

Olenin prosiguió su lectura:

*Nos son conocidas vuestra fidelidad y bravura en lucha abnegada y constante con nuestros antiguos enemigos de la frontera.*

—El padrecito no nos olvida y sin duda va a recompensarnos—dijo un cosaco al Atamán.

—Si quiere, puede nombrarme sumiller de corps—contestó el jefe socarronamente—. Nadie le preparará el vodka como yo.

La voz del teniente interrumpió los comentarios.

*Pero queremos haceros saber que Nos hemos dignado firmar un tratado de paz con nuestros vecinos...*

—¿Cómo? ¿Qué dice?—dijo el

Atamán con una mueca de desagrado.

*... y por consiguiente deberéis dejar de guerrear en lo sucesivo con los circasianos... Así lo ordena que lo hagáis vuestro emperador que os repite su saludo.*

Aquel mensaje produjo un efecto desconcertante. En vez de alegrarse por el anuncio de paz que daba seguridad a sus vidas, lo consideraban como una desgracia, como una cosa de mal agüero... Todos se levantaron, haciendo sus comentarios en voz alta, no conformándose con la sensata declaración del Emperador.

El Atamán, no menos indignado que sus compañeros, impuso silencio con un gesto.

Cuando consiguió hacerse oír, dijo al teniente Olenin:

—Pero, señor, si no guerreamos con los tchetchens no tendremos nada que hacer...

—Estas son las órdenes rigurosas del Padrecito y no hay más remedio que obedecer.

—La paz es buena para las mujeres, pero no para los cosacos.

—Lo manda Su Majestad Imperial y es necesario acatar sus decisiones.

Y poniendo en manos del Ata-

mán el mensaje, hizo una reverencia y salió del local. Se ahogaba en aquella atmósfera; necesitaba el aire libre para dilatar sus pulmones encogidos.

El saludo cortesano del oficial pasmó a toda aquella gente de hábitos rudos, que no perdía el tiempo en reverencias. El Atamán y sus hombres doblaron la espalda en grotesco saludo y se rieron a carcajadas de lo que consideraban cosa de gente afeminada e inútil.

Peró de repente, el Atamán cambió la expresión de su rostro y exclamó:

—Nosotros no podemos obedecer al Zar en esa cuestión. Sería matarnos en vida. ¿Cómo permanecerían inactivos nuestros brazos? Ahora veréis. El mismo Sultán del Turquestán va a romper la paz.

—¿Peró, cómo? ¿De qué mane-

ra?

—Le voy a escribir una carta que le pondrá hecho un basilisco.

—Si no sabes coger la pluma...

—¡Tienes razón! ¡Maldita ignorancia! ¿Quién sabe, por casualidad, escribir? ¡Nadie! ¡Ah, sí!... no me acordaba... Mi hijo Lukashka en sus tiempos de poeta aprendió a escribir buenas cartas... Ven acá, valiente, y no pongas esa cara

hosa y aburrida... Ya ítemos a una nueva guerra... ¡No te apures!

Lukashka, que estaba abatido, quiso excusarse de escribir, pero instado por todos, se sentó ante una mesa y cogió la pluma. Si, no estaba mal la proposición de su padre... Era necesaria la guerra... la guerra que a él le libraría de celos y suplicios.

—Cuando quieras, padre—dijo.

—Pon ahí: Al Gran Sultán del Turquestán.

—Turquestán... Ya está, padre mío...

—Pues... ahora... Dile que obedecemos al Zar, pero que siempre que pueda que se guarde de nosotros...

—Demasiado fino, padre... Te haces viejo y pierdes la fuerza de un verdadero cosaco.

—Pues dile—exclamó otro soldado—que los tetchenes son los mayores ladrones del Cáucaso.

—Eso es todavía demasiado poco.

Todos se echaron a reír.

—Entonces... ¿qué decimos?

—Le diré que vamos a robarles todas las mujeres, que arrasaremos sus fincas y que a él le cortaremos la cabeza, suspendiéndola de lo alto de una almena... ¿Os parece bien?—propuso Lukashka,

—¡Sí... sí!...

Con un desco de hacer caer sobre alguien su rencor, el joven Lukashka redactó un mensaje tan violento contra el sultán que era una verdadera e insultante declaración de guerra.

Su lectura produjo entusiasmo y regocijo. Así se hablaba contra los seculares enemigos de la tierra.

—Ahora llamad a uno de los perros prisioneros — agregó el hijo del Atamán.

No tardó en presentarse uno de los negros que trabajaban en el contiguo molino.

—Lleva esto al cerdo de tu Sultán—le dijo riendo.

El desdichado prisionero des-

apareció y todos quedaron haciendo chanzas.

—Si el cerdo sabe leer, rompe la paz del Zar—agregó Lukashka, alegremente.

—¡Eres un sabio, hijo mío!—dijo el Atamán, entusiasmado.

Lukashka le contempló de pies a cabeza y luego rompió a reír de modo insolente:

—¿Cómo puede ser que un padre tan duro tenga un hijo tan inteligente?—dijo.

No le hizo demasiada gracia al Atamán aquella apreciación de su hijo, y para calmar su irritación, bebióse un vaso de vodka de un solo trago.

Y la velada prosiguió entre canciones y vocerío...

\* \* \*

Por la noche hubo también un festival de baile. Tribus gitanas venidas de los Cárpatos prestaban animación al cuadro con sus extrañas danzas y sus canciones monorrítmicas.

Una bailarina morena y sensual danzaba en medio de la sala al compás de músicas evocadoras... Era una mujer ardiente, de ojos de llama, de labios fuertes y duros que debían hacer enloquecer con sus besos.

Aquellos hombres, avezados a la compañía monótona de sus mujeres, encontraban en aquella gitana el perfume exquisito y nuevo de otros mundos, la soberbia atracción de lo desconocido y misterioso.

Y ella, segura de su pudor, contenta de verse admirada por todos aquellos hombres, que eran bárbaros hasta en el amor, se balanceaba, tenía ondulaciones de palmera y de serpiente, se acercaba mucho a ellos, enviándoles el aroma contenido en su boca.

El Atamán sonreía, sintiéndose rejuvenecido ante la presencia de la beldad. Quiso alcanzarla y tocarle los brazos, pero ella, coqueta y felina, que no gustaba del amor de un viejo, aunque fuera tan valiente como el Atamán, retrocedió sin hacerle caso.

Los ojos gitanos se fijaron en Lukashka, y este muchacho, curtido por los combates y de mirada fascinadora, la deslumbró... Comenzó a bailar ante él con gracia incitadora y perversa, y el joven, olvidando sus anteriores pesares, se levantó y danzó a su lado, coreado por los aplausos y el ensordecedor griterío de la plebe.

El Atamán sonrió resignado, paciente. No le importaba ser derrotado por su hijo. El amor es de la juventud.

La pareja fué avanzando poco a poco hacia la puerta del salón.

Maryana presenciaba la fiesta en compañía de otras muchachas. Seguía fijamente el baile, viendo el

apasionado entusiasmo con que Lukashka contemplaba a la bailarina.

Tembló de celos al ver que la gitana salía a un cercano corredor, acompañada del cosaco.

Desesperada, marchó hacia allí, deseosa de evitar un mal paso de su antiguo amigo.

Vió con profunda tristeza cómo, aprovechando la soledad del corredor, la bailarina y Lukashka permanecían un momento con los labios unidos.

Luego, la gitana, sonriendo con una sonrisa prometedora de todas las delicias del paraíso amoroso, subió una escalera en dirección a su cuarto, situado en el primer piso.

Al llegar al rellano superior, la extranjera hizo un movimiento de invitación y corrió a ocultarse en su alcoba.

Permaneció Lukashka vacilante, dudando entre ir a beber vino o aceptar otro vino mejor, de aroma exótico, que enloquecía, que mareaba: el amor de aquella húngara.

En aquel momento Maryana llegó ante él.

—¡Lukashka, no vayas!... ¡Debes escucharme!...

La presencia de aquella mujer, a la que conceptuaba infiel, traidora, le estremeció de rabia.

—¡Apártate! ¡No quiero saber nada de ti!—dijo.

—Lukashka, necesito que me oigas... has de saber...

—¡Fuera de aquí!

Olvidando el amor puro, rechazó bruscamente a la cosaca y subió al primer piso, ávido de sentir en torno de sus brazos la caricia enloquecedora de la gitana.

Maryana, tristemente, salió a la calle.

La noche era gris, nublada, ri-mando perfectamente con su alma dolorida.

Viendo ya irreparable su ruptura con Lukashka, volvió a su casa y explicó a su madre:

—Ya no quiero el amor de un cosaco.

—¿Vas a abandonar ahora a Lukashka, ahora que está convertido en un valiente?

—He decidido casarme con Ole-nín, madre.

—¿El...? ¿El teniente? Pero, ¿de veras vas a casarte?

—Quiere hacer de mí una gran señora y yo voy a aceptar.

Saltó la vinda de júbilo. Y, sin reparar en el dolor que se reflejaba en el rostro de su hija, la llenó de ruidosos besos.



La ceremonia nupcial de los cosacos no había sufrido muchas alteraciones desde los tiempos antiguos.

Unos días después se celebró la boda en la propia residencia de Maryana.

El acontecimiento se celebraba con gran pompa y eran muchos los que presenciaban la fiesta.

El teniente Olenín se sentía feliz al ver sus ensueños realizados. Amaba mucho a Maryana y la llevaría a Moscou para que brillara entre el alto mundo... Seguro estaba de poder perfeccionar aquel diamante en bruto.

Maryana, que iba por su propia voluntad al casamiento, procuraba acallar los últimos ecos de su antiguo amor y mostrarse cariñosa y dulce con el hombre al que libremente había elegido por marido.

Le sería siempre fiel y, con el tiempo, la renovación del ambiente

y la vida cortesana, procuraría olvidar las tragedias de su corazón.

Maryana estaba bellísima con su blanco traje de novia. Junto a ella el teniente Olenín lucía el impecable brillo de su uniforme de gala.

Siguiendo las antiguas prácticas de la raza, la madre presentó a su hija en una bandeja varias joyas y monedas de oro que iban a constituir su dote. Después le dió a besar, lo mismo que al oficial, las reliquias de los santos iconos y, presentándoles un pedacito de pan sagrado, juraron los novios permanecerse fieles hasta la eternidad.

Maryana lloraba, conmovida por la sencillez de la ceremonia, por aquel juramento que la ligaba para siempre a un hombre a quien, por despecho, por amor propio herido, había aceptado, sin sentir por él realmente amor.

¿Sería feliz a su lado? Olenín la miraba con dulce protección,

pensando que en lo sucesivo era el dueño de aquella beldad delicada.

Siguiendo el ritual de la fiesta, los invitados comenzaron a bailar en torno de los novios, pero interrumpieron la danza al ver abrirse la puerta. Lukashka apareció en el umbral.

No ignoraban los amores que el cosaco había sentido por Maryana, y tampoco Olenin desconocía que aquel muchacho había pretendido la mano de Maryana.

Todos contemplaron fijamente al recién venido, adivinando una próxima pendencia.

Lukashka fué avanzando hasta ponerse frente a la novia, midiéndola con ira mal contenida.

—Al fin, te has salido con la tuya...—le dijo—. Has preferido al teniente.

—¡Calla... gitano!—rugió ella.

—¿Me insultas, Maryana?

Y, furioso, zarandeó el cuerpo de aquella criatura que había de ser para él y la echó violentamente al suelo.

—¿Qué haces? —gritó el teniente Olenin, pretendiendo lanzarse contra el agresor.

Varios hombres le contuvieron, mientras otros cogían a Lukashka, que quería echarse contra su rival, y le expulsaron de la casa.

¡Parecía imposible! ¡Pegar a la buena novia! Eso no estaba bien ni era cosa de hombres fuertes.

Olenin y la madre recogieron a Maryana, que lloraba de furor al verse maltratada ante todos por aquel hombre.

—¡Voy a mi cuarto! ¡Dejadme! —sollozó.

Y corrió a ocultar su tristeza, su indecible desconsuelo en su cuartito de soltera, del que tendría que separarse para siempre.

\* \* \*

Estuvo Lukashka rondando largo rato alrededor del edificio hasta que decidióse a saltar a la habitación de la novia, donde había visto a Maryana asomada un instante a la ventana.

—¡Maryana!—le dijo, presentándose de súbito ante ella.

Volvióse la joven atemorizada al ver a su antiguo novio. Odio y amor, todo mezclado, vibraron en lo más íntimo de su ser. Nuevas lágrimas se derramaron por sus ojos.

—¡Sal de aquí!—gritó.

—No, Maryana; todavía hay remedio.

—¡Todo ha acabado entre nosotros! Vete antes de que llegue mi marido y te castigue como te mereces.

—¿Y qué me importa tu marido? ¡Si he de luchar con él, frente a frente, porque los dos no podemos vivir!... Vamos, Maryana, quitémonos de una vez las caretas. Yo te quiero... a pesar de mis infidelidades... Pero tú has hecho tantas

locuras como yo. Vamos a terminar nuestras rencillas de una vez porque nos amamos.

—¡No!

—¡Maryana! ¡Te quiero!

Ella tenía apretada contra él, en ardoroso contacto, y sus labios buscaron los de ella, bebiendo con avidez en su fuente.

Ella, roja de vergüenza, pero sintiéndose desfallecer, exclamó:

—¿Te atreves a besarme?

—Sí, porque serás mía... Tú eres mi mujer, y vamos a casarnos.

Logró desprenderse de aquellos brazos y ella dijo, con la voz triste de los vencidos:

—Ya no hay remedio, Lukashka. Lo he jurado por el pan sagrado.

—¿Y qué importa?

—Por nuestros santos iconos he jurado ser la mujer de Olenin.

—¿Qué importa eso, repito? Yo te quiero... y tú me quieres... Dímelo así... que te lo oiga... tus labios... junto a los míos... así... así...

Sus bocas estaban casi juntas. Ella dijo, apartando suavemente los labios:

—Sí, te quiero... pero tú mismo has perdido mi amor... Ahora soy, ante Dios, de otro hombre y le seré fiel.

Golpearon en la puerta. Se oyó la voz del teniente y de la madre de Maryana.

—Vienen a buscarme — dijo ella, desesperada—. ¡Por Dios, déjame en paz, que voy a Moscou!

—¡No!

—¡Marchate! ¡Olvidame! Sé feliz como puedas... busca la resignación... huye... huye...

Le hablaba en voz baja, temerosa de que le oyeran desde el interior. Los golpes aumentaban.

Lukashka tomó una determinación. Levantó el puño, extendiéndolo con furor hacia la joven, y le dijo:

—Te juro que no llegarás nunca a Moscou.

Y saltó rápidamente por la ventana.

Maryana limpióse las lágrimas y corrió a franquear la puerta a su esposo y a la madre.

—¿Pero estabas sorda, Maryana?—le dijo su marido.

—No sé... Estoy tan trastornada hoy... con lo que ha ocurrido...

—No te preocupe más ese hombre... ¡Ay de él si alguna vez se pone a mi alcance!... Prepara el equipaje, que salimos inmediatamente para Moscou. La diligencia nos espera abajo...—dijo Olenin.

Ocultando la tempestad de su alma y acobardada ante las últimas palabras pronunciadas por Lukashka, la joven se arregló para marchar.

Media hora después subían a la carroza, escoltada por un grupo de jinetes.

Los novios se despidieron cariñosamente de todos; sereno y cordial el oficial; triste y llorosa ella.

Tenia amargos presentimientos... ¡Ay la amenaza de aquel cosaco decidido, que no temía a la muerte!

El teniente Olenin besó la mano de la madre de Maryana y la viuda experimentó un profundo júbilo al verse tratada con tanta galantería. En su vida nadie la había besado la mano... ni siquiera su marido. Y le agradó el homenaje de su yerno.

Partió el carruaje. Por última vez, madre e hija se estrecharon las manos.

La viuda lloró al ver alejarse el coche... Para que su hija fuera feliz allá en Moscou ella quedaba so-

la y triste en su tierra cosaca. Pero el teniente le había prometido que dentro de algunos meses volverían a pasar una temporada, y luego se llevarían a la madre al regresar a la ciudad.

Dió Maryana el último adiós a las gentes del pueblo, a las casas, a aquellas tierras de las que nunca se había movido.

Ante su pensamiento oscilaba de continuo el nombre de Lukashka.

¿Qué iba a hacer ese hombre? ¿Por qué no se resignaba como ella?

La voz del teniente la sacó de su meditación.

—Maryana, ¿no eres tan feliz como yo? ¿No crees que ahora el mundo es nuestro?

Ella vaciló unos instantes y luego hizo un leve signo de afirmación mientras en su alma la duda esparcía rápidamente su onda de temblor.



El Atamán, enterado de que su hijo había partido solo hacia la montaña, sospechó la realidad.

Conocía los celos de Lukashka, sabía la indignación que éste sentía contra el hombre que le había robado a la mujer amada.

La noticia de que Lukashka se había presentado en el momento de la boda, la agresión de que hizo víctima a la novia, todo le hacía creer que el joven sentía propósitos de venganza.

Era necesario evitar que su hijo se perdiera. Bien estaba que los hombres se mataran por el ideal de su pueblo, para ensanchar las

fronteras o para vencer a los enemigos de la patria, pero exponer la vida por una mujer! ¡Qué absurdo!

Además, no debía olvidar que Maryana se casaba con un oficial de la corte, con un hombre que tenía derechos y prerrogativas sobre todos ellos.

Y el Atamán, en compañía de uno de sus mejores soldados, partió rápidamente hacia la montaña en busca de su hijo.

Por entre intrincados senderos logró ganar una de las más importantes cumbres, desde donde se di-

visaba todo el camino que conducía a la capital.

Tenía miedo de que Lukashka esperara la carroza de los novios para realizar una agresión.

Como había temido, no tardó en encontrar sobre su blanco caballo a Lukashka.

Le bastó mirarle para comprender que el muchacho estaba decidido a todo, con la ceguera de los celos y del rencor.

Mostróse Lukashka sorprendido al verle, e intentó retroceder, pero el Atamán le llamó y le dijo:

—¿Qué haces aquí? ¿A quién esperas?

—¿Para qué mentirte, padre? He prometido que Maryana no llegaría a Moscou, y aquí estoy para impedirlo.

—Maryana ya no te pertenece... Está casada con otro hombre...

—No importa. Se la arrebataré de sus propias manos.

—Pero, ¿estás loco, Lukashka? Piensa que es el mensajero del Emperador.

—Aunque fuera el Zar mismo —respondió con frialdad imperturbable—. Maryana debe ser mi mujer.

—¡La ira del Zar va a caer sobre nosotros!—suplicó angustiado el Atamán.

Lukashka lanzó una sonora carcajada, y dijo al acompañante del Atamán:

—Mi padre se vuelve viejo... ¿Desde cuándo la ira del Zar ha importado a un cosaco?

Estas palabras orgullosas, que proclamaban la indomable energía de una raza, agradaron al Atamán. Ya no suplicó más; sintióse inundado por el mismo espíritu vanidoso.

Cambió instantáneamente de parecer y dijo:

—Muy bien hablado, hijo mío. ¡Estoy contigo!

—¡Bravo, padre!

—De todas maneras, nunca pude tragar a ese oficial de Moscou.

—Padre... ¡la carroza! ¡Ellos!

Vieron aparecer por un recodo de la carretera la diligencia que conducía a los novios.

—Voy allá, padre... Le quitaré de las propias manos a esa mujer.

—¡Espera! ¿No ves?

—¡Oh!, ¿qué es eso? ¡Traición! ¡Los circasianos!

Con el mayor estupor contemplaron a un escuadrón de circasianos que rodeaba la carroza de los novios y disparaba numerosos tiros, matando a los soldados de la escolta.

Padre e hijo se miraron asom-

brados... Aquellos malditos perros de la otra parte de la frontera que habrían recibido ya el mensaje insultante de Lukashka, atacaban a traición, en las propias tierras de los cosacos.

Borráronse rápidamente las huellas del odio que Lukashka experimentaba momentos antes... Era preciso correr y ayudar a los del carnaje a combatir con los seculares y viles enemigos del país.

Además, Maryana estaría en peligro de caer en poder de aquella gentuza salvaje.

—Padre... corramos a salvarla. ¡Van a matar a Maryana!

—¡Sí, hijo mío, sí!... Y tú, Sitchi —dijo el Atamán al otro guerrero—, vuelve en seguida al pueblo. Necesitaremos de todos los hombres de Novomlinska.

Partió el cosaco como una exhalación, y padre e hijo tomaron por un atajo y se dirigieron en defensa de los ocupantes de la carroza.

Los circasianos, después de dar muerte a los individuos de la escolta, abrieron brutalmente la portezuela del coche y se echaron a reír al ver a una pareja de novios.

El teniente Olenin, que había tenido entre sus brazos a la asustada novia, descendió del coche y, con-

teniendo la indignación de su alma, gritóles:

—¿Qué estáis haciendo? ¿Por qué nos detenéis?

—¿Y tú quién eres?

—El Zar ha firmado la paz con los circasianos y yo soy el emisario del Zar—respondió con orgullo.

—¿Tú el emisario? Y has permitido que nos insulten, ¿no?

—Yo no sé nada... dejadnos seguir nuestro camino...

—¡Muere, perro! —rugió uno de aquellos bárbaros.

Y a traición le apuñaló por la espalda, sin que el desgraciado teniente, que momentos antes soñaba con las aventuras del amor, pudiera dar ni un grito.

Cayó muerto en un charco de sangre.

Horrorizada, la pobre Maryana, en el fondo de su coche, se encomendaba a Dios, pidiendo que la matasen antes si tenía que entregarse a la voracidad de aquellas insensatas turbas.

En aquel instante aparecieron el Atamán y su hijo, el valiente Lukashka.

Lanzáronse como leones contra los circasianos, arremetiendo furiosamente contra ellos, pasando a cuchillo a varios. Pero los enemigos

eran arrojados y valientes hasta la temeridad y sobre todo superiores en número. Y, a pesar de la bravura incomparable de los dos cosacos, éstos fueron hechos prisioneros, vencidos.

Maryana, desde el fondo del coche, veía luchar a aquellos impetuosos guerreros que habían corrido en su auxilio... ¡Ah, sufrió un nuevo y agudo dolor al ver maniatados al Atamán y a su hijo, el amado Lukashka, cuya presencia en aquellos lugares le indicaba que quería impedir la continuación del viaje de ella a Moscu.

La pobre mujer contempló el cuerpo desangrado de su esposo, que empapaba de rojo la tierra, y rompió a llorar con una convulsión nerviosa, con un desaliento de pobre mujer a quien aniquila la emoción.

Los ojos brillantes y fieros de Lukashka se clavaron en ella.

Parecían indicar confianza, valor, una esperanza en que habría de mejorar la situación.

¡Animo, amor!

—¿Quiénes sois? ¡Hablad! —rugió el que parecía jefe de los circasianos, mirando a los dos detenidos.

—Soy el Atamán y éste es mi

hijo —respondió el padre con incomparable orgullo.

—¡Buena presa! Mi señor estará contento de veros llegar... Merecáis ahora la muerte, perros, por haberle injuriado con vuestro mensaje, pero os reservamos el castigo para después. ¡Ea, en marcha!

—Celebraré conocer al bandido de tu señor —rugió el Atamán.

—¡No repliques, lobo! —dijo un soldado, dándole una formidable patada.

La comitiva se puso en marcha.

Lukashka y su padre, maniatados, eran empujados por aquellas hordas sin conciencia, en tanto Maryana, en el coche, se cubría los ojos para no presenciar el doloroso espectáculo del cautiverio.

El jefe miró a la mujer y dijo, sonriendo alegremente:

—Buen servicio para mi señor. Dos hombres para la venganza... y una mujer para su harem.

La triste expedición continuó su camino hacia las tierras circasianas.

Allá en la carretera quedaban los cadáveres de los soldados de la escolta y del pobre teniente Olein, entregado a la muerte en plena ilusión amorosa.

A pesar de los celos que experimentaba contra él, sintió Lukash-

ka una sombra de piedad por aquel hombre, que había caído bajo el acero del enemigo común.

En aquel instante, ya no era para Lukashka su rival, sino un hermano de la gran Rusia, un hermano al que, si era posible, se debía vengar.

Luego, sus ojos se clavaron en la pobre amada.

La idea de que estaba prisionera, le estremeció...

Morir él, no le importaba. ¡Pero que hicieran daño, que se quedaran para sí aquella criatura de amor!...

¡No... no!

Y como volviese demasiado la cabeza, restalló un latigazo en sus espaldas, y Lukashka vióse impelido a continuar su camino sin mirar atrás, junto a su padre, entre el odio de aquellos guerreros sin dignidad...

\*\*\*

Habían sido llevados a una ciudad fronteriza de la tierra enemiga. Se hallaban en la casa de uno de los magnates circasianos, un bárbaro a quien el olor de la sangre producía indecible placer.

El Atamán y su hijo fueron atados a unas columnas y despiadadamente azotados por los verdugos.

Presenciaba el suplicio, el poderoso magnate y su salvaje comitiva.

Presa entre dos guardianes, Maryana contemplaba también la tortura de que eran víctimas sus dos hermanos de raza... Eran más que hermanos de raza: Lukashka era el ídolo de aquel corazón de mujer, el hombre al que amaba, aunque el destino se hubiera empeñado en impedir su unión.

Restallaban los latigazos sobre el Atamán y su hijo. Pero los dos prisioneros reían, se chancesaban, se

guían demostrando su desprecio por aquellas gentes a las que odiaban con todo su corazón.

—¡Canallas... perros... adorad a nuestro señor!— decían las turbas criminales.

Lukashka y el Atamán seguían manteniéndose serenos, sobreponiéndose a su dolor, bromeando jocosamente contra los enemigos.

No les importaba morir, pero lamentaban que les dieran la muerte manos tan infames y despreciables como aquellas, como las de los circasianos, con los cuales habían estado luchando toda la vida.

Viendo que no podían rendir la fortaleza hercúlea de aquellos hombres serenos, cuya tranquilidad de alma provocaba la admiración de Maryana, los circasianos optaron por otro procedimiento.

Deseaban verles sufrir, llorar, quejarse, antes de darles una muert-

te definitiva. Necesitaban experimentar el placer del sufrimiento ajeno en todos los grados y formas.

A una orden del jefe enemigo, les desgarraron con las uñas la camisa, y, al propio tiempo, se las clavaron como garfos sobre la poderosa carne, marcando en ellas onduladas líneas de sangre... El Atamán y su hijo seguían riendo, como si llevaran un acero interior.

Luego les ataron brutalmente las rodillas y comenzaron a apretar, a estrechar las ataduras, provocando la hinchazón de las venas y la distensión de los huesos.

—¡De rodillas, antes que os hagamos pedazos!

—¡No!

—¡Apretad más... más... hasta que les rompáis las piernas!

Los esbirros estrechaban furiosamente las cuerdas, a fin de que los enemigos, impotentes para contener su dolor, acabaran arrodillándose, rindiendo pleitesía al enemigo.

Pero los cosacos demostraban un heroísmo espartano, de ese que la Historia escribe con letras de oro que perpetúan su luz inmortal. No se quejaban, a pesar del torturador sufrimiento; manteníanse son-

rientes, mirándose y mirando a Maryana, que en vano pretendía librarse de los brazos de dos guardianes de ébano.

El Atamán y su hijo mostraban los dientes con los labios abiertos por la sonrisa, una sonrisa que a veces se contraía bajo una sacudida inevitable, impulsiva de dolor...

Sus ojos estaban llenos de lágrimas; no podían evitar aquel llanto; pero no se quejaban, y esperaban que les rompiesen las piernas para seguir manteniéndose serenos hasta el último aliento de su vida.

—¡Perros! — gritó el jefe enfurecido por la incomparable resistencia—. ¿Vais a ponerlos de rodillas?

—Ese cobarde ignora que los cosacos no se arrodillan sino ante Dios — replicó Lukashka, mirando a su padre con amor.

—¡Sí, hijo mío!... Animo... Que se demuestre que somos una raza de leones.

El jefe circasiano dió una nueva orden. Descaba apurar hasta el paroxismo el sufrimiento de los dos cosacos.

Entraron un gran brasero encendido. Dos negros cogieron con unas tenazas pedazos de rojo carbón.

El Atamán murmuró a su hijo:

—¡Ese hombre de la media lu-

na nos quiere hacer pasar un mal rato, hijo mío!

—¡Deja que nos haga pedazos! — respondió Lukashka con una de esas contestaciones que las épocas registran como ejemplares—. ¡Los pedazos serán todavía de cosacos!

—¡Bien, Lukashka! ¡Estoy orgulloso de ti!

El joven cosaco dirigió su mirada hacia Maryana, deseoso de infundirle ánimo, valor.

Que demostrase también ella, si la hacían sufrir después, que era una mujer cosaca, que prefería la muerte antes que caer en la deshonra, en la humillación.

Y si los dos morían... ya se encontrarían en el otro mundo, en aquel mundo de felicidad que el pope prometía en sus sermones a los que caían por defender la patria... Y allá, en la otra ribera que sigue a la muerte, nada les separaría.

Los brutales enemigos obligaron a abrir las manos del Atamán y de su hijo y colocaron sobre ellas sendos pedazos de carbón encendido.

El dolor fué brutal, sintiéndose el hervor de la carne quemada por el cauterio. Inmediatamente dejaron caer al suelo los carbones, ya el fuego había penetrado hasta lo

más recóndito de la sangre, produciendo una tortura mortal.

Y aunque los rostros de las víctimas denotaban hondo sufrimiento, de sus labios no se apagaba la sonrisa desdeñosa e invencible que indica que al alma no se la abate como al cuerpo.

—¡Desdichados! — rugió el jefe circasiano—. ¡Pedid clemencia por vuestros insultos al sultán! Arrodillaos y os perdonaré la vida.

—¡Nunca! — respondió el Atamán, con una inflexibilidad suicida.

—Mátanos cuando quieras, pero no nos verás a tus pies — gritó el hijo, con no menos arrogancia.

—¡Insensatos!

—¡No les hagáis daño! ¡Dejadles! — decía Maryana.

—¡No supliques! — gritó Lukashka—. Que vea esa gente cómo muere una raza de bravos.

—Sí... debes callar — exclamó el jefe circasiano con una carcajada siniestra—. Tú no te escaparás tampoco a nuestra venganza... pero será diferente... Eres una hermosa mujer... y sería lástima matarte...

—¡Infame! — le escupió Lukashka.

—¡Es tu amada? Pues, despiédate de ella, porque la haré ingre-

sar en el harem... Y no perdamos más tiempo... Acabemos de una vez con ese par de diablos orgullosos. Quemadles los ojos con una espada candente.

—¡No... no!—dijo Maryana.

Acercóse uno de aquellos bandidos al brasero y sacó de él una espada cuyo acero había adquirido un tono rojo... Hervía, era un arma del infierno.

El Atamán y su hijo vieron avanzar al verdugo sin pestañear, sin que un músculo de su rostro se contrajera. Por última vez se cruzaron sus miradas, y Lukashka contempló también a Maryana.

¡Adiós a todo... a la luz... al amor... a la vida!

La primera víctima fué el Atamán... El soldado pasó el tajo hirviente de la espada sobre los ojos del noble viejo y sintióse el trágico rumor de la carne achicharrada. Pasó la espada sobre las dos negras pupilas, quemándolas y cortándolas a la vez con su filo sangriento.

El Atamán dió un grito trágico, al propio tiempo que daba una sacudida terrible, una brutal convulsión de todo su cuerpo, roto por la herida criminal.

—¡Padre! — murmuró Lukash-

ka con dolor, al ver al viejo que caía en tierra, casi sin vida.

Pero Lukashka levantó aún de nuevo la cabeza y esperó tranquilo, heroico, el momento de su sacrificio.

Maryana lloraba desesperadamente, sintiéndose desvanecer... Deseaba morir antes que presenciar el martirio.

—¡Ahora tú, maldito!—gritó el jefe—. Te quemaremos los ojos como a tu padre.

—¡Me los arrancaría yo para no verte más!—rugió el muchacho.

—Pues, dadle ese placer... Húndele bien la espada, soldado... córtaselos de raíz.

Pero en el mismo momento en que el verdugo, con la espada hirviente, iba a cegar al muchacho, se sintió un disparo, y el soldado, dejando caer el arma homicida, desplomóse muerto.

Sonaron inmediatamente nuevos disparos, produciéndose la confusión ante el inesperado ataque.

Se escuchó una voz:

—¡Los cosacos! ¡Pronto! ¡A defenderse!

—¡Ah, malditos perros! ¿Cómo es posible que se encuentren aquí?—rugió el jefe.

Pero las tropas enemigas, mandadas por Sitchi, que había corrido

al poblado de Novomlinska a advertir a sus huéspedes, habían atravesado la frontera y llegado a la ciudad enemiga, no sin antes vencer por el camino la resistencia de un grupo de circasianos que, a traición, querían volar el monte que los cosacos atravesaban.

Preocupados los circasianos con el sacrificio del Atamán y de su hijo, no habían visto llegar a las tropas cosacas, que ahora irrumpían en el palacio del jefe y salvaban providencialmente la vida preciosa de Lukashka.

Los circasianos se aprestaron a una tardía defensa.

Pero era inútil resistir. Invadían las sales los cosacos, ávidos de venganza, deseosos de castigar implacablemente a los que habían detenido a su señor.

¡Lucha cuerpo a cuerpo, ruda, salvaje, en que no se daba cuartel, en que se remataba al adversario con siniestro goce de condenado! ¡Cuadro de aquelarre y de horror!

El jefe circasiano murió atravesado por las espadas de cuatro cosacos.

No había piedad. Una vez más se repetía el grito trágico de: "¡Ay de los vencidos!"

Maryana había sido libertada por un grupo de cosacos y, casi

desvanecida, permanecía en un rincón, mientras junto a ella corría la sangre mezclada de los enemigos.

Lukashka, rendido, había caído al lado de su padre... Acarició a su viejo heroico, que permanecía en el suelo, quejándose, llevándose la mano a las cuencas vacías y ensangrentadas de sus ojos.

—Dime, padre — murmuró el muchacho —. ¿Soy ahora un cosaco?

La mano fuerte del anciano acarició la del hijo con un movimiento de emoción.

—¿También te cegaron?

—No llegaron a tiempo, padre. Los nuestros están ahí... Castigarán a los circasianos... no dejarán uno vivo.

—¡Sí... que los maten... que los maten a todos... hijo de mi corazón! No me importa ser ciego... Yo también he seguido demostrando que soy cosaco, ¿verdad?

Y ambos se fundieron en febril abrazo.

La lucha fué ruda, pero el castigo implacable... Los circasianos fueron derrotados en toda la línea y perdieron tres cuartas partes de sus hombres. El resto fué hecho prisionero... Por muchos años,

aquellos enemigos no podrían levantarle más.

Lukashka, restablecido ya, habíase puesto al frente de sus huestes.

Recogió a Maryana del suelo y logró, por medio de un vino cordial, que volviera en sí.

Ella le miró con dulce sorpresa, pues le creía muerto o, cuando menos, con los ojos cegados como el ruiseñor.

Por fortuna, le contemplaba las pupilas limpias y transparentes, la mirada apasionada de mozo enamorado.

—¡Valor, Maryana!... ¡Vamos a regresar pronto al pueblo! — dijo él.

Tuvo que separarse de ella para ir a dar órdenes y organizar la comitiva.

Los heridos fueron transportados en camillas... Entre ellos estaba el desdichado Atamán, que no se quejaba, que se mantenía sereno en su sacrificio.

Detrás iban los prisioneros, cruelmente azotados cuando no caminaban lo bastante de prisa.

Lukashka, montado en su hermoso caballo, llevaba a la grupa a Maryana.

No se dijeron nada durante el camino. El joven sufría al saber

que su padre estaba ciego; ella callaba, comprendiendo aquel infortunio.

Maryana era libre ya; el pobre Olenin había sido una víctima más en la brutal lucha.

Mientras regresaban al poblado, pensaba Maryana en aquel pobre teniente que no debía vivir... Se había casado con él por despecho, bien lo comprendía, pero sin amor. Pero Olenin era bueno y siempre se había portado con ella correctamente. Ella le recordaría con una nostalgia de buena amiga, de compañera leal.

En cuanto al amor... ¡Ay, ante ella estaba el único hombre a quien Maryana había adorado!

La cabalgata llegó ante el poblado de Novomilnska, y los guerreros dieron voces de entusiasmo, saludando una vez más, con verdadera y amorosa ternura, a la patria.

Y entonces Maryana murmuró al oído del bravo cosaco, del hijo del Atamán:

—Lukashka, ¡te quiero!

El volvió la cabeza, sonriente, complacido por la espontánea declaración.

—¿Me quieres?

—¡Con toda mi alma!... Lukash-

ka, trabajaré tu hacienda... y seré tu buena mujer cosaca.

—¡Maryana mía!

Y, volviéndose rápidamente hacia ella, estampó un beso en sus labios en flor.

\* \* \*

Renació de nuevo la paz... Pasó tiempo... Maryana y Lukashka se casaron y al cabo de un año nació su primer hijo.

El viejo y ciego Atamán, imposibilitado ya para montar a caballo y ponerse al frente de sus huestes, dedicóse con todo cariño a su papel de abuelo y se propuso inculcar en el corazón del nietecito las cualidades propias de un futuro y valeroso militar.

Porque habría de venir otra

guerra... dentro de algunos años... tan pronto los circasianos se rehiciesen de su espantosa derrota... Y para entonces, una vez más, los cosacos debían demostrar su aliento inmortal, su valor perdurable, orgullo de Rusia.

Y ya que el Atamán no podía ir a la lucha, mandaría, además de su hijo, el valeroso Lukashka, al nieto adolescente, para demostrar que no acababa la raza su valor.

FIN

## COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de

### LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

#### NÚMEROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy.—El Gran Destile, por John Gilbert y Renée Adorée.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller.—La princesa que supo amar, por Huguette Duflos y Charles de Roche.—El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita.—Sin familia, por Leslie Shaw.—Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno.—Nantás, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donallen Cobra, por Rodolfo Valentino.—El fin de Montecarlo, por Francesca Bertini y Jean Angelo.—Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert.—Zazá, por Gloria Swanson.—¡Adiós, juventud!, por Carmen Boni.—El judío errante, por Gabriel Gabrio.—La mujer desnuda, por Louise Lagrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc.—Casanova, por Ivan Mosjoukine.—Hotel Imperial, por Pola Negri.—La flía Ramona, por Luisa Fernanda Sala.—Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore.—Noche Nupcial, por Lily Damita.—El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell.—Beau Geste, por Ronald Colman.—Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy.—La Mariposa de Oro, por Lily Damita.—Ben-Hur, por Ramón Novarro.—El Demonio y la Carne, por Grete Garbo, John Gilbert y Lars Hanson.—La Castellana del Líbano, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich.—La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Grete Garbo.—Tripoli, por Esther Ralston y Charles Farrell.—El Rey de Reyes, La ciudad castigada.—Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino.—Aguilas triunfantes, por Phyllis Haver y Rod La Rocque.—El Sargento Malacara, por Lon Chaney.—El Capitán Sorrell, por H. B. Warner.—El Jardín del Edén, por Corinne Griffith.—La Princesa mártir, por Lucienne Legrand.—Ramona, por Dolores del Río.—Dos Amantes, por Vilma Banky y Ronald Colman.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la Carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia, El ángel de la calle, La última cita, El enemigo, Amante, Moulin Rouge, La Bailarina de la Opera, Ben-Ali, Los Cuatro Diablos, ¡Río, payaso, río!, Volga, Volga, La Sinfonía Patética, Un cierto muchacho, ¡Nostalgia!..., La ruta de Singapore, La Actriz, Mister Wu, Renacer, El despertar, Las tres pasiones, La melodía del amor, Cristina la Holandesa, ¡Viva Madrid, que es mi pueblo!, Sombras blancas y La copla andaluza

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.



La bellísima novela

# ICAROS

Por

RAMON NOVARRO

y, en preparación

## El Conde de Montecristo

¡Hágase reservar desde ahora  
mismo estas dos novelas!

**Precio: Una peseta**



**E**N breve, la esperada  
colección de grandes  
novelas cinemato-  
gráficas:

BIBLIOTECA

## **Rodolfo Valentino**

en la cual se publicarán  
todos los asuntos interpreta-  
dos por este maravilloso artis-  
ta, de imperecedero recuerdo.

FIRST VOLUMEN

### **"COBRA"**

por Rodolfo Valentino, Ger-  
trude Olmstead y Nita Naldi

¡Lujosa  
presentación!

Precio:  
**50** cénts.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbañá, 16. — Madrid: Ferraz, 21.



EB

Precio: Una peseta